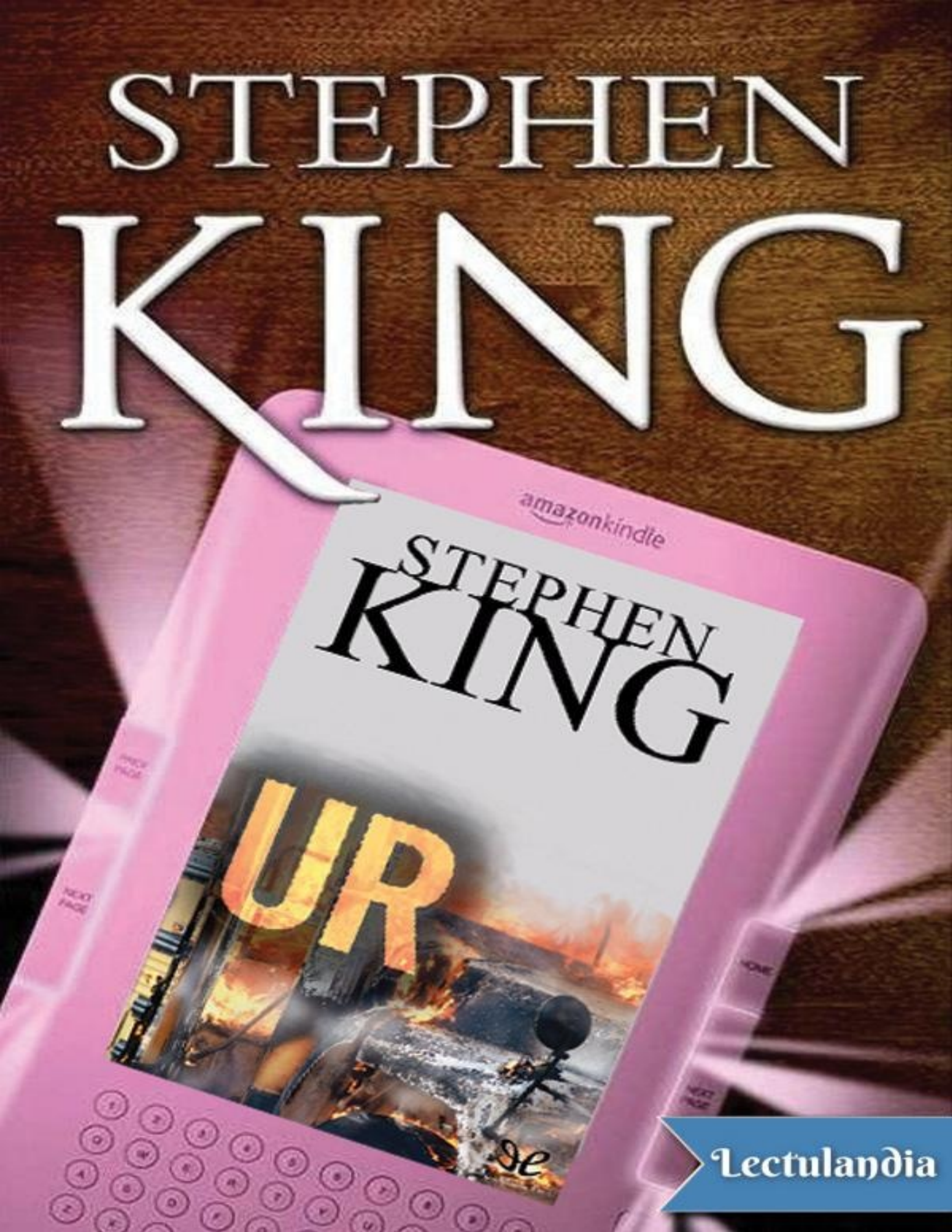
STEPHEN KING



Lectulandia

El protagonista de *UR* es el enamorado profesor de inglés Wesley Smith quien después de una desagradable ruptura parece no poder sacarse a su ex-novia de la cabeza: «¿Por qué no lees en el ordenador, como hacemos el resto?». Incitado por su pregunta y motivado por la sugerencia de un estudiante, Wesley realiza el pedido de un lector Kindle en Amazon.com. El dispositivo (¿rosa?) que llegará en una caja sellada con el logotipo de la sonrisa —a través de la opción de ENTREGA EN UN DÍA que no solicitó— le permitirá acceder a un mundo literario que ni el más ávido de los amantes de los libros podría haber acaso imaginado. Pero una vez que la puerta ha sido abierta, hay cosas que uno desearía no haber leído nunca.

Lectulandia

Stephen King

UR

ePub r1.2
leandro 30.09.13

Título original: *UR*
Stephen King, 2009
Traducción: Sonia Rodríguez Riveiro
Revisión de la traducción: Luis A. Hernández R.
Diseño de portada: leandro

Editor digital: leandro
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

I

Experimentando con las nuevas tecnologías

CUANDO LOS COLEGAS DE Wesley Smith le preguntaron —algunos con una ceja levantada con sorna— qué estaba haciendo con ese aparato (todos lo llamaron aparato), les dijo que estaba experimentando con las nuevas tecnologías, pero no era verdad.

Había comprado el dispositivo, que se llamaba Kindle, por puro resentimiento.

Me pregunto si los analistas de mercado de Amazon han colocado ese motivo en su radar de sondeo de producto, pensé. Suponía que no. Esto le dio algo de satisfacción, pero no tanta como esperaba conseguir de la sorpresa de Ellen Silverman cuando le viera con su nueva compra. Aún no había ocurrido, pero pasaría. Era un campus pequeño, después de todo, y sólo tenía su nuevo juguete (lo llamaba su nuevo juguete, al menos para empezar) desde hacía una semana.

Wesley era profesor del Departamento de Inglés en la Escuela Moore, en Moore, Kentucky. Como todos los profesores de inglés, pensaba que tenía una novela en alguna parte dentro de él y la escribiría algún día. Moore era el tipo de institución que la gente llama «una buena escuela». El amigo de Wesley en el Departamento de Inglés (su único amigo en el Departamento de Inglés) una vez le explicó lo que significaba eso. Su amigo se llamaba Don Allman, y cuando se presentaba, le gustaba decir: «Uno de los Allman Brothers. Toco la tuba». (En realidad no tocaba nada).

—Una buena escuela —decía—, es una de la que nadie ha oído hablar fuera de un radio de 50 Km. La gente la llama una buena escuela porque nadie tiene

constancia de que sea una *mala* escuela, y la mayor parte de las personas son optimistas, aunque pueden afirmar que no lo son. Las personas que se llaman a sí mismas realistas son a menudo las más optimistas de todas.

—¿Eso te convierte en un realista? —Le preguntó una vez Wesley.

—Creo que el mundo está poblado en su mayoría por imbéciles —contestó Don Allman—. *Imagínate*.

Moore no era una buena escuela, pero tampoco era una mala escuela. En la gran escala de excelencia académica, su lugar residía solo un poco por debajo de lo mediocre. La mayoría de sus tres mil estudiantes pagaban sus facturas y muchos de ellos conseguían trabajo tras graduarse, aunque pocos obtenían (o intentaban siquiera obtener) títulos universitarios. Se bebía bastante, y por supuesto había fiestas, pero en la gran escala de fiestas de instituto, el lugar de Moore residía un poco por encima de lo mediocre. De ahí habían salido políticos, pero de la variedad a pequeña escala, incluso en lo que se refiere a corrupción y argucias. En 1978, un graduado de Moore fue elegido para el Congreso, pero cayó muerto de un ataque al corazón después de servir solo cuatro meses. Su repuesto fue un graduado de Baylor.

Las únicas muestras de excepcionalidad de la escuela tenían que ver con su equipo de fútbol de tercera división y su equipo de baloncesto femenil de tercera división. El equipo de fútbol (los Suricatos de Moore) era uno de los peores de América, habiendo ganado sólo siete partidos en los últimos diez años. Se hablaba constantemente de disolverlo. El entrenador actual era un adicto de las drogas al que le gustaba contar a la gente que había visto *El luchador* doce veces y nunca dejaba de llorar cuando Mickey Rourke le contaba a su hija separada que solo era un pedazo de carne inservible.

El equipo de baloncesto femenino, sin embargo, era excepcional de un modo *positivo*, especialmente si se consideraba que la mayoría de las jugadoras no medían más de uno setenta y pico y se preparaban para trabajos como gerentes de mercadotecnia, compradoras al por mayor, o (si eran afortunadas) asistentes personales de Hombres con Poder. Las Suricatas habían ganado ocho títulos de liga en los últimos diez años. La entrenadora era la ex novia de Wesley, *ex* de hacía un mes. Ellen Silverman era el principal motivo que había motivado a Wesley a comprar un Kindle de Amazon, la compañía que los comercializaba. Bueno… Ellen y el chico Henderson de la clase de Wesley de Introducción a la

Ficción Moderna Norteamericana.



Don Allman también afirmaba que el profesorado de Moore era mediocre. No terrible, como el equipo de fútbol —eso, al menos, habría sido interesante— sino definitivamente mediocre.

—¿Y qué hay de nosotros? —Preguntó Wesley. Estaban en la oficina que compartían. Si un estudiante entraba para una tutoría, el profesor que no tocase salía. Durante la mayor parte de los semestres de otoño y primavera esto no era un problema, porque los estudiantes nunca venían a tutorías hasta justo antes de los exámenes finales. Incluso entonces, solo los empollones, los que lo habían hecho desde la escuela elemental, aparecían. Don Allman decía que a veces fantaseaba con una alumna picante que llevara una camiseta que pusiera TE FOLLARÉ POR UN SOBRESALIENTE, pero esto nunca ocurría.

—¿Qué hay de nosotros? ¿Qué hay de *nosotros*? *Míranos*, hermano.

—Voy a escribir una novela —contestó Wesley, aunque el mero hecho de decirlo le deprimía. Casi todo le deprimía desde que Ellen se había ido. Cuando no estaba deprimido, se sentía lleno de rencor.

—¡Sí! ¡Y el presidente Obama va a honrarme como el nuevo Poeta Laureado! —Exclamó Don Allman. Luego señaló a algo en el abarrotado escritorio de Wesley. El Kindle estaba sobre *American Dreams*, el libro de texto. Wesley lo utilizaba como introducción en la clase de Literatura Norteamericana —. ¿Cómo te va eso?

—Bien —dijo Wesley.

—¿Reemplazará alguna vez al libro?

—Nunca —dijo Wesley. Pero ya había empezado a preguntárselo.

—Pensé que solo venía en blanco —dijo Don Allman.

Wesley miró a Don con tanta altanería como la que le habían mostrado a él en la reunión de departamento donde su Kindle hizo su debut público.

—Nada viene solo en blanco —dijo—. Esto es Norteamérica.

Don Allman consideró esto, y luego dijo:

—He oído que tú y Ellen habéis roto.

Wesley suspiró.



Ellen había sido su *otra* amiga, y una con derecho a roce, hasta cuatro semanas antes. Ella no pertenecía al Departamento de Inglés, por supuesto, pero el pensamiento de irse a la cama con alguien del Departamento de Inglés, incluso Suzanne Montanari, que era medianamente presentable, le hacía estremecerse. Ellen medía uno sesenta (¡ojos azules!), delgada, con una mata de pelo negro y rizado que la convertía en élfica. Tenía una figura de infarto y besaba como una derviche. (Wesley nunca había besado a una derviche, pero se lo podía imaginar). No le faltaba energía cuando estaban en la cama.

Una vez, desfallecido, él se recostó y dijo:

—Nunca te igualaré como amante.

—Si sigues diciendo tonterías como esa, no serás mi amante durante mucho más. Estás bien, Wes.

Pero suponía que no lo estaba. Suponía que era algo así como… mediocre.

No fue su habilidad sexual menos que atlética la que terminó su relación, sin embargo. No fue el hecho de que Ellen fuese una vegana con perritos de tofu en su nevera. No fue el hecho de que ella a veces se tumbase en la cama después del sexo, hablando sobre desmarques, hacer paredes, y la incapacidad de Shawna Deeson de aprender algo que Ellen llamaba «la vieja cancela del jardín». De hecho, esos monólogos a veces ponían a Wesley en sus sueños más profundos, dulces y refrescantes. Él creía que era la monotonía de su voz, tan diferente de los gruñidos (a menudo profanos) de ánimo que soltaba cuando estaban haciendo el amor, gruñidos similares a los que soltaba durante los partidos, corriendo arriba y abajo por el lateral como una liebre (o una ardilla subiendo a un árbol), exhortando a sus chicas a «¡Pasar la pelota!» y «¡Ve al agujero!» y «¡Juega en la zona!». A veces en la cama se veía reducida a gritar: «¡Más duro, más duro, *más*

duro!». Como cuando, en los últimos minutos de un partido, a menudo no era capaz de soltar más que: «¡Canasta-canasta-*canasta*!».

En algunos aspectos calzaban perfectamente, al menos para el corto plazo; ella era hierro abrasador, directo de la forja, y él —en su apartamento repleto de libros— era el agua en la cual ella se enfriaba.

Los libros fueron el problema. Eso, y el hecho de que él la llamara puta analfabeta. Nunca antes había llamado a una mujer algo así en su vida, pero ella le había conseguido sacar una rabia que hasta entonces no había sospechado que existía. Él podía ser un docente mediocre, como Don Allman había sugerido, y la novela que tenía en mente podía quedarse ahí (como una muela del juicio que nunca sale, al menos evitando la posibilidad de podredumbre, infección, y un caro —por no mencionar doloroso— proceso mental), pero adoraba los libros. Los libros eran su talón de Aquiles.

Ella había llegado echando humo, lo cual no era nuevo, pero también estaba fundamentalmente disgustada —un estado que él no consiguió reconocer porque nunca se lo había visto antes—. Además, él estaba releyendo *Liberación* de James Dickey, deleitándose de nuevo en lo bien que Dickey había utilizado su sensibilidad poética, al menos esa vez, en la narrativa, y había llegado ya a los pasajes finales, donde los piragüistas desafortunados están intentando ocultar lo que han hecho y lo que se les ha hecho. No tenía ni idea de que Ellen se había visto forzada a echar a Shawna Deeson del equipo, o que las dos habían tenido una pelea a gritos en el gimnasio frente a todo el equipo —más los chicos del equipo de baloncesto, que estaban esperando su turno para practicar sus mediocres movimientos— o que Shawna Deeson había salido y lanzado una piedra grande contra el parabrisas del Volvo de Ellen, un acto por el que seguramente sería expulsada. No tenía ni idea de que ahora Ellen se culpaba a sí misma, se culpaba a sí misma *amargamente*, porque «se supone que tenía que ser la adulta».

Él escuchó esa parte —«Se supone que tengo que ser la adulta»— y dijo: *ajá*, por quinta o sexta vez, lo que fue demasiado para Ellen Silverman, cuyo fiero temperamento no se había agotado para ese día después de todo. Arrancó *Liberación* de las manos de Wesley, lo tiró al otro extremo de la habitación, y dijo las palabras que lo obsesionarían durante el siguiente mes solitario:

—¿Por qué no lees en el ordenador, como hacemos el resto?

—¿Realmente dijo eso? —Preguntó Don Allman, una observación que despertó a Wesley de un estado como de trance. Se dio cuenta de que había contado toda la historia a su compañero de despacho. No había pretendido hacerlo, pero lo había hecho. Y ahora no había vuelta atrás.

—Lo hizo. Y yo dije: «Ésa era una primera edición que heredé de mi padre, puta analfabeta».

Don Allman estaban sin palabras. Sólo se le quedó mirando.

—Se fue —dijo Wesley lastimosamente—. No la he visto o hablado con ella desde entonces.

—¿Ni siquiera la has llamado para decirle que lo sientes?

Wesley lo había intentado, y solo se había encontrado con su contestador. Había pensado en acercarse a la casa que ella tenía alquilada al instituto, pero pensó que quizá ella le clavaría un tenedor en la cara… o en otra parte de su anatomía. Además, no consideraba que lo que había ocurrido fuera por completo su culpa. Ni siquiera le había dado una *oportunidad*. *Además… ella era* una analfabeta, o algo parecido a eso. Le había dicho una vez en la cama que el único libro que había leído desde que había venido a Moore era *Reach for the Summit: The Definite Dozen System for Succeeding at Whatever You Do*, escrito por la entrenadora de los Tennessee Vols, Pat Summit. Miraba la televisión (casi siempre deportes), y cuando quería profundizar más en alguna historia, acudía a The Drudge Report. Ciertamente no era analfabeta en la informática. Alababa la red inalámbrica del Instituto Moore (que era más superlativa que mediocre), y nunca iba a ninguna parte sin su portátil colgado del hombro. En él tenía una foto de Tamika Catchings con sangre cayéndole por la cara de una ceja rota y con la leyenda JUEGO COMO UNA CHICA.

Don Allman se sentó en silencio durante unos momentos, golpeando los dedos sobre su pecho estrecho. Fuera de la ventana, las hojas de noviembre repiqueteaban sobre el patio interior de Moore. Luego dijo:

—¿El que Ellen se fuera tiene algo que ver con eso? —Señaló con la cabeza al nuevo compañero electrónico de Wesley—. Sí, ¿verdad? Has decidido leer en el ordenador, como el resto. Para… ¿qué? ¿Atraerla de nuevo?

—No —dijo Wesley, porque no quería decir la verdad: de una manera que no entendía completamente, lo había hecho para recuperarla. O para reírse de ella. O algo—. Para nada, sólo estoy experimentando con la nueva tecnología.

—Vale —dijo Don Allman—. Y yo soy el nuevo Poeta Laureado.



Su coche estaba en el Aparcamiento A, pero Wesley eligió andar las dos millas hasta su apartamento, algo que hacía a menudo cuando quería pensar. Caminó con dificultad por la avenida de Moore, primero pasó por las casas de la fraternidad, luego pasó los apartamentos que arrojaban rock y rap por todas sus ventanas, luego pasó los bares y restaurantes de comida para llevar que servían como sistema de soporte vital a todas las pequeñas universidades de Norteamérica. Había también una librería especializada en libros de texto usados y los *best sellers* del año pasado a mitad de precio. Parecía polvorienta y desolada y a menudo estaba vacía. Porque la gente estaba en casa leyendo en el ordenador, asumió Wesley.

Hojas marrones revoloteaban alrededor de sus pies. Su maletín golpeaba una de sus rodillas. Dentro estaban sus libros de texto, el libro que estaba leyendo ahora por placer (*2666*, del difunto Roberto Bolaño), y un bloc de notas gastado con bonitas tapas jaspeadas. Había sido un regalo de Ellen por su cumpleaños.

«Para las ideas de tu libro» había dicho. En julio, eso era, cuando las cosas entre ellos todavía iban fenomenal y tenían el campus casi para ellos. El libro en blanco tenía cerca de doscientas páginas, pero solo la primera había sido marcada por su grande y rotundo garabato.

En la parte de arriba de la página (estampado) ponía:

¡LA NOVELA!

Debajo ponía:

Un niño descubre que su padre y madre están teniendo aventuras.

Y

Un niño, ciego desde el nacimiento, es secuestrado por su abuelo lunático que

Y

Un adolescente se enamora de la mejor amiga de su madre y

Debajo de esto estaba la idea final, escrita poco después de que Ellen tirara *Liberación* por la habitación y saliese de su vida.

Un tímido pero dedicado profesor de una pequeña escuela y su atlética pero en gran parte analfabeta novia tienen una pelea tras

Era probablemente la mejor idea —escribe sobre lo que conoces, todos los expertos estaban de acuerdo en eso— pero simplemente no podía seguir con eso. Hablar con Don había sido ya bastante duro. E incluso entonces, no había sido completamente honesto. No había dicho lo mucho que deseaba volver con ella, por ejemplo.

Mientras se acercaba al piso de tres habitaciones al que llamaba hogar —lo que Don Allman a veces llamaba su «hogar de soltero»— los pensamientos de Wesley volvieron al chico Henderson. ¿Se llamaba Richard o Robert? Wesley tenía un bloqueo con eso, no el mismo que tenía con darle forma a cualquiera de sus declaraciones de intenciones para la novela, pero probablemente estaba relacionado. Pensaba que tales bloqueos probablemente estaban centrados en el miedo y eran básicamente histéricos por naturaleza, como si el cerebro detectase (o pensara que había detectado) alguna horrible bestia interior y la hubiera encerrado en una celda con la puerta de acero. La podías escuchar dando golpes y saltando allí como un mapache rabioso que mordería si te acercabas, pero no podías verlo.

El chico Henderson estaba en el equipo de fútbol —un centro o base o algo por el estilo— y aunque era horrible en el campo de fútbol como cualquiera de ellos, era un chico agradable y bastante buen estudiante. A Wesley le gustaba. Pero aún así, quiso arrancarle la cabeza del chico cuando lo vio en clase con lo que asumió que era una PDA o un teléfono móvil ultramoderno. Fue poco después de que Ellen se fuera. En los primeros días tras la ruptura, Wesley a

menudo se encontraba a las tres de la mañana sacando algo de alivio de la estantería: normalmente sus viejos amigos Jack Aubrey y Stephen Maturin, con sus aventuras narradas por Patrick O'Brian. Y ni siquiera eso le había apartado de recordar el portazo cuando Ellen abandonó su vida, probablemente para siempre.

Así que estaba de mal humor y más que listo para soltar unas malas palabras mientras se acercaba a Henderson y decía:

—Deja eso. Es una clase de literatura, no una sala de chat de Internet.

El chico Henderson le había mirado con una dulce sonrisa. No había hecho irse el mal humor de Wesley para nada, pero disolvió su rabia. En gran parte porque no era un hombre malhumorado por naturaleza. Suponía que era *depresivo* por naturaleza, puede que incluso distímico. ¿No había sospechado siempre que Ellen Silverman era demasiado buena para él? ¿No había sabido, en lo más profundo, que el portazo le había estado esperando desde muy al principio, cuando había pasado la noche hablando con ella en una aburrida fiesta de la facultad? Ellen actuaba como una chica; él actuaba como un perdedor. Ni siquiera podía seguir enfadado con un estudiante que estaba haciendo el tonto con su ordenador de bolsillo (o Nintendo, o lo que fuera) en clase.

—Son los deberes, Sr. Smith —había dicho el chico Henderson (en su frente había un gran arañazo violeta consecuencia de su última salida con los Meerkat) —. Es *El caso de Paul* de Willa Cather. Mire.

El chico giró el aparato para que Wesley pudiera verlo. Era un panel blanco plano, rectangular, con menos de una pulgada de grosor. En la parte de arriba estaba escrito **amazon**kindle y el logo de la sonrisa que Wesley conocía bien; no era un analfabeto tecnológico por completo, y había pedido libros en Amazon muchas veces (aunque normalmente probaba en la librería de la ciudad primero, en parte por pena; incluso el gato que pasaba gran parte de su vida dormitando en la ventana parecía desnutrido).

Lo interesante del aparato del chico no era el logo de arriba o el pequeño teclado (un teclado de ordenador, ¡claro!) abajo. En medio del aparato había una pantalla, y en la pantalla no había un salvapantallas o un videojuego donde jóvenes hombres y mujeres estuvieran matando zombis en las ruinas de New York, sino una página de la historia de Willa Cather sobre el chico pobre con ilusiones destructivas.

Wesley acercó la mano, luego la retiró.

—¿Puedo?

—Adelante —dijo el chico Henderson, Richard o Robert—. Es fantástico. Se pueden bajar libros de la nada, y se puede hacer la letra lo grande que uno quiera. Además, los libros son más baratos porque no hay papel ni tapas.

Eso envió un pequeño escalofrío a Wesley. Era consciente de que la mayoría de su clase de Introducción a la Literatura Norteamericana lo estaba mirando. Con treinta y cinco años, Wesley suponía que era difícil para ellos decidir si él era de la Vieja escuela (como el viejo Dr. Wence, que se parecía mucho a un cocodrilo en un traje de tres piezas) o de la Nueva (como Suzanne Montanari, a quien le gustaba poner «Girlfriend» de Avril Lavigne en su clase de Introducción al Drama Moderno). Wesley suponía que su reacción al Kindle de Henderson les ayudaría a decidir.

—Sr. Henderson —dijo—, siempre habrá libros. Lo cual significa que siempre habrá papel y tapas. Los libros son *objetos reales*. Los libros son *amigos*.

—¡Sí, pero…! —Había contestado Henderson, con su dulce sonrisa ahora convirtiéndose en astuta.

—¿Pero?

—También son ideas y emociones. Lo dijo en nuestra primera clase.

—Bueno —había dicho Wesley—, ahí me has pillado. Pero los libros no son *solamente* ideas. Los libros tienen un olor, por ejemplo. Uno que se convierte en mejor —más nostálgico— cuando pasan los años. ¿Ese aparato tuyo tiene un olor?

—Nop —contestó Henderson—. La verdad es que no. Pero cuando pasas las páginas… aquí, con este botón… se agitan un poco, como en un libro de verdad, y puedo ir a cualquier página que quiera, y cuando se pone en modo descanso, muestra imágenes de escritores famosos, y mantiene la carga, y…

—Es un ordenador —había dicho Wesley—. Estás leyendo en el ordenador.

El chico Henderson recuperó su Kindle.

—Lo dice como si fuera malo. Sigue siendo *El caso de Paul*.

—¿Nunca ha oído hablar del Kindle, Sr. Smith? —había preguntado Jossie Quinn. Su tono era el de una antropóloga amable preguntándole a un miembro de la tribu Kombai de Nueva Guinea si alguna vez había escuchado hablar de

hornos eléctricos y zapatos con alzas.

—No —dijo, no porque fuera verdad, había visto algo llamado **COMPRAR EN LA TIENDA KINDLE** cuando compraba libros en la web de Amazon sino porque, en total, prefería ser percibido por ellos como de la Vieja Escuela. La Nueva era algo así como… mediocre.

—Debería hacerse con uno —dijo el chico Henderson, y cuando Wesley había contestado, casi sin pensar: «Quizás lo haga», la clase había estallado en un aplauso espontáneo. Por primera vez desde que Ellen se fue, Wesley se había sentido ligeramente alegre. Porque querían que consiguiera un aparato para leer libros, y también porque el aplauso sugería que le veían como de la Vieja Escuela, de una Vieja Escuela *Aprovechable*.

No consideraba en serio comprar un Kindle (si era de la Vieja Escuela, los libros eran definitivamente el camino a seguir) hasta un par de semanas después. Un día de camino a casa desde la escuela se imaginó a Ellen viéndolo con su Kindle, mientras paseaba por el patio y pulsaba con el dedo el pequeño botón de **PÁGINA SIGUIENTE.**

¿Qué demonios estás haciendo? Le preguntaría ella. Hablándole por fin.

Leyendo en el ordenador, diría él. *Justo como el resto.*

¡Rencoroso!

Pero, como podría decir el chico Henderson, ¿era eso malo? Se le ocurrió que el rencor era algún tipo de metadona para amantes. ¿Era mejor tener mono? Quizá no.

Cuando llegó a casa encendió su Dell de sobremesa (no tenía portátil y estaba orgulloso de ello) y fue a la web de Amazon. Había esperado que el aparato costase cuatrocientos dólares o así, puede que más si había un modelo Cadillac, y se sorprendió al descubrir que era más barato. Luego fue a la Tienda Kindle (que había estado ignorando con tanto éxito) y descubrió que el chico Henderson tenía razón: los libros eran ridículamente baratos, novelas de tapa dura (*cuál* tapa, je je) tenían un precio por debajo de la mayoría de ediciones en rústica. Considerando lo que gastaba en libros, podría recuperar la inversión del Kindle. En cuanto a la reacción de sus colegas —todas esas cejas levantadas—, Wesley descubrió que le entusiasmaba la perspectiva. Lo que conducía a una visión interesante de la naturaleza humana, o al menos la naturaleza humana académica: a uno le gustaba que sus estudiantes le percibieran como de la Vieja

Escuela, pero que sus compañeros le vieran como de la Nueva.

Estoy experimentando con nuevas tecnologías, se imaginó diciendo a sí mismo.

Le gustaba como sonaba. Era totalmente de la Nueva Escuela.

También le gustaba pensar en la reacción de Ellen. Había parado de dejar mensajes en su teléfono, y había empezado a evitar lugares —The Pit Stop, Harry's Pizza— donde podía encontrarse con ella, pero eso podía cambiar. Estaba claro que *estoy leyendo en el ordenador, como el resto de vosotros* era una línea demasiado buena para desperdiciar.

Oh, es pequeño, se reprendió a sí mismo mientras estaba sentado frente a su ordenador, mirando la foto del Kindle. *Es un veneno tan pequeño que no envenenaría a un gatito recién nacido.* ¡Cierto! Pero si era el único veneno del que era capaz, ¿por qué no permitírselo?

Así que había hecho clic en la caja de Comprar Kindle, y el aparato había llegado al día siguiente, en una caja estampada con el logo de la sonrisa y las palabras **ENTREGA EN UN DÍA**. Wesley no había elegido la opción de un día, y se quejaría de ese cargo si aparecía en su factura de la MasterCard, pero había desempaquetado su nueva adquisición con verdadero placer, parecido al placer que sentía cuando abría un paquete de libros, pero más marcado. Porque estaba esa sensación de dirigirse a lo desconocido, suponía. No es que esperara que el Kindle reemplazara a los libros, o que fuera mucho más que un objeto novedoso, realmente; sería algo que captaría su atención durante unas pocas semanas o meses y que después se quedaría olvidado criando polvo al lado del cubo de Rubik en la estantería de tonterías de su salón.

No le sorprendió por lo peculiar que, mientras que el Kindle de Henderson era blanco, el suyo fuera rosa. No en ese momento.

II

Funciones Ur

CUANDO WESLEY volvió a su apartamento tras su conversación confesional con Don Allman, el indicador luminoso de su contestador automático estaba parpadeando. Dos mensajes. Pulsó el botón de reproducción, esperando escuchar a su madre quejándose de su artritis y haciendo observaciones mordaces sobre cómo los hijos en realidad llaman a casa más frecuentemente que dos veces al mes. Después de eso vendría una llamada automática del *Echo* de Moore, recordándole por enésima vez que su suscripción había caducado. Pero no era su madre y no era el periódico. Cuando escuchó la voz de Ellen, se quedó parado en el acto de coger una cerveza y escuchó agachado, con una mano extendida hacia el brillo helado de la nevera.

—Hola, Wes —dijo, sonando atípicamente insegura de sí misma. Hubo una larga pausa, suficientemente larga como para que Wesley se preguntara si eso era todo. Como ruido de fondo se escuchaban gritos ahogados y pelotas botando. Estaba en el gimnasio, o lo estaba cuando dejó el mensaje—. He estado pensando en nosotros. Pensando que podríamos intentarlo de nuevo. Te echo de menos —y entonces, como si lo hubiera visto correr hacia la puerta—: Pero todavía no es momento. Necesito pensar un poco más sobre… lo que dijiste —una pausa—. Hice mal en tirar tu libro así, pero estaba enfadada —otra pausa, casi tan larga como la que hubo después de que saludara—. Hay un torneo de pretemporada en Lexington este fin de semana. Sabes, el que llaman el Bluegrass. Es algo importante. Puede que cuando vuelva, debamos hablar. Por favor, no me llames hasta entonces, porque tengo que concentrarme en las chicas. La defensa es terrible, y sólo tengo una chica que pueda lanzar desde el

perímetro… No sé, probablemente esto es un gran error.

—No lo es —dijo él al contestador. Su corazón estaba bombeando fuerte. Todavía estaba inclinado hacia la nevera, sintiendo cómo el frío salía y le daba en la cara, que parecía demasiado caliente—. Créeme, no lo es.

—Comí con Suzanne Montanari el otro día, y dice que llevas una de esas cosas electrónicas para leer. Para mí eso significó… no sé, como una señal de que deberíamos intentarlo de nuevo —se rió, y luego gritó tan alto que Wesley pegó un salto—: *¡Sigue esa pelota, floja! ¡Deberías correr o sentarte!* —y luego —. Lo siento. Tengo que irme. No me llames. Te llamaré. Para lo que sea. Después del Bluegrass. Siento haber ignorado tus llamadas, pero… heriste mis sentimientos. Wes. Las entrenadoras también tienen sentimientos, ¿sabes? Yo…

Un pitido la interrumpió. El tiempo permitido del mensaje se había terminado. Wesley pronunció la palabra que los editores de Norman Mailer no le habían dejado utilizar en *Los desnudos y los muertos*.

Luego empezó el segundo mensaje y ella estaba de vuelta.

—Supongo que los profesores de Inglés tienen sentimientos también, Suzanne dice que no somos buenos el uno para el otro, dice que tenemos intereses demasiado diferentes, pero… puede que haya un terreno intermedio. Estoy contenta por ti por el lector. Si es un Kindle, creo que también lo puedes utilizar para navegar en Internet. Yo… necesito pensar sobre esto. No me llames. Aún no estoy lista. Adiós.

Wesley cogió la cerveza. Estaba sonriendo. Luego pensó en el rencor que había estado viviendo en su corazón el último mes y dejó de hacerlo. Fue al calendario en la pared y escribió TORNEO DE PRETEMPORADA sobre el sábado y el domingo. Se detuvo, y luego trazó una línea sobre los días de la semana laboral posterior, una línea en la cual escribió ¿¿¿ELLEN???

Hecho eso, se sentó en su butaca favorita, bebió su cerveza, e intentó leer *2666*. Era un libro disparatado, pero algo así como interesante. Se preguntó si estaría disponible en la Kindle Store.

Esa tarde, después de volver a reproducir los mensajes de Ellen por tercera vez, Wesley encendió su Dell y fue a la web del Departamento de Atletismo para revisar los detalles referentes al Torneo de Temporada Bluegrass. Sabía que sería un error aparecer allí, y no tenía intención de hacerlo, pero quería saber contra quién jugaban las Suricatas, cuáles eran sus oportunidades, y cuándo volvería Ellen.

Resultó que había ocho equipos, siete de la Segunda División y sólo uno de la Tercera División: las Suricatas de Moore. Wesley se sintió orgulloso por Ellen cuando vio eso, y por una vez se sintió avergonzado de su desplante… del cual ella (¡afortunado él!) no sabía nada. En realidad ella parecía pensar que él se había comprado el Kindle para enviarle un mensaje: «Puede que tengas razón, y puede que yo pueda cambiar. Puede que ambos podamos.». Suponía que si las cosas fueran bien, él podría convencerse de que había sido así.

En la web vio que el equipo se iría a Lexington en autobús al mediodía el próximo viernes. Entrenarían en el Estadio Rupp esa tarde, y jugarían su primer partido —contra los Bulldogs de Truman State, Indiana— el sábado por la mañana. Dado que el torneo era una doble eliminatoria, no volverían hasta la noche del domingo pasase lo que pasase. Lo que significaba que él no sabría de ella hasta el lunes siguiente como mínimo.

Iba a ser una semana larga.

—Y —le dijo a su ordenador (¡Un buen oyente!)—, ella puede decidir no intentarlo de nuevo, de todas maneras. Tengo que estar preparado para eso.

Bueno, podía intentarlo. Y podría también llamar a esa zorra Suzanne Montanari y decirle en términos que no dejaran lugar a dudas que dejara de hacer campaña en contra suya. ¿Por qué iba a hacer eso, en primer lugar? Era una *colega*, ¡por el amor de Dios!

Sólo que si hacía eso, Suzanne podría irle con cuentos a su amiga (*¿Amiga?* ¿Quién lo sabía? ¿Quién lo sospechaba siquiera?). Ellen. Podría ser mejor dejar ese aspecto de las cosas en paz. Aunque el rencor aún no estaba por completo fuera de su corazón después de todo, parecía. Ahora lo dirigía a la Srta. Montanari.

—No importa —le dijo a su ordenador—. George Herbert estaba equivocado. Vivir bien no es la mejor venganza; amar bien lo es.

Se dispuso a apagar su ordenador y luego recordó algo que había dicho Don Allman sobre el Kindle de Wesley: «Pensaba que sólo venían en blanco». Ciertamente el del chico Henderson había sido blanco, pero ¿cuál era el dicho?: una golondrina no hace verano. Después de unos cuantos intentos en falso (Google, lleno de información pero esencialmente tonto como él solo, llevándolo primero a una discusión sobre si el Kindle sería capaz de producir o no algún día imágenes en color en su pantalla, un tema en el cual Wesley —como lector de libros— tenía un interés totalmente nulo), pensó en buscar webs de fans de Kindle. Encontró una llamada The Kindle Kandle. En la parte de arriba había una foto bizarra de una mujer con ropa cuáquera leyendo un Kindle a la luz de una vela. O posiblemente la luz de una k-vela. Aquí leyó varias quejas, la mayoría sobre que el Kindle venía sólo en un color, que un blogger llamó el «feo y viejo blanco manchado». Abajo había una respuesta sugiriendo en que si el que se quejaba insistía en leer con los dedos sucios, podía comprar una funda personalizada para su Kindle. «En el color que quieras», añadía. «¡Madura y muestra algo de creatividad!»

Wesley apagó su ordenador, fue a la cocina, cogió otra cerveza, y sacó su propio Kindle de su portafolios. Su Kindle rosa. Excepto por el color, parecía exactamente igual que los de la web Kindle Kandle.

—Kindle-Kandle, bla-bla-bla —dijo—. Es algún defecto del plástico —quizás, pero, ¿por qué había venido con un envío rápido de entrega en un día si él no había especificado eso? ¿Porque alguien en la fábrica Kindle quería librarse del mutante rosa lo antes posible? Era ridículo. Lo habrían tirado, simplemente. Otra víctima del control de calidad.

Pensó de nuevo en el mensaje de Ellen (para entonces lo sabía de memoria). «Si es un Kindle, creo que puedes utilizarlo para navegar en Internet», había dicho. Se preguntó si era verdad. Encendió su Kindle, y cuando lo hizo, recordó que había algo más extraño sobre él: no había libro de instrucciones. No se había cuestionado eso hasta ahora, porque el aparato era tan sencillo de utilizar que prácticamente se utilizaba solo (una idea que daba miedo, si lo pensabas). Pensó en volver a los Kindle Kandlers para descubrir si era una *verdadera* cosa rara, y luego desechó la idea. Sólo estaba haciendo el tonto, después de todo, empezando a contar las horas entre este momento y el lunes próximo, cuando sabría algo de Ellen de nuevo.

—Te echo de menos, chica —dijo, y se sorprendió de escuchar su voz temblorosa. La echaba de menos. No se había dado cuenta de con cuánta intensidad hasta que había oído su voz. Había estado demasiado encerrado en su propio ego herido. Por no mencionar su sudoroso y pequeño desplante. Era extraño pensar que el rencor podría haberle dado una segunda oportunidad. Mucho más extraño, cuando te fijabas, que un Kindle rosa.

La pantalla que decía **Kindle de Wesley** se iluminó. Salía una lista de los libros que había comprado hasta ahora: *Vía Revolucionaria*, de Richard Yates, y *El viejo y el mar*, de Hemingway. El aparato venía con el *Diccionario de la lengua española* incorporado. Sólo tenías que empezar a escribir una palabra y el Kindle la encontraba para ti. Era, pensó, como TiVo para gente inteligente.

La pregunta era: ¿podría acceder a Internet?

Pulsó el botón **MENÚ** y se le presentó un número de opciones. La de arriba de todo (por supuesto) le invitaba a **COMPRAR EN LA TIENDA KINDLE**. Pero cerca de la parte de arriba había algo llamado **EXPERIMENTAL**. Parecía interesante. Movió el cursor y lo puso encima, la abrió, y leyó esto en la parte de arriba de la pantalla: «Estamos trabajando en estos prototipos experimentales. ¿Los encuentras útiles?»

—Bueno, no sé —dijo Wesley—. ¿Qué son?

El primer prototipo resultó ser **WEB BÁSICA**. Así que Ellen tenía razón. El Kindle parecía estar mucho más computarizado de lo que parecía a simple vista. Miró las otras opciones experimentales: descargas de música (una gran cosa) y texto-a-voz (que podría venir bien si se quedaba ciego). Pulsó el botón de **PÁGINA SIGUIENTE** para ver si había otros prototipos experimentales. Había uno: **FUNCIONES UR**.

Pero, ¿qué demonios era eso? Ur, hasta donde él sabía, sólo tenía dos significados: una ciudad en el Antiguo Testamento, y un prefijo que significaba «primitivo» o «básico». La pantalla no ayudaba; aunque había explicaciones para las otras funciones experimentales, no había ninguna para esta. Bueno, había una manera de descubrirlo. Marcó **FUNCIONES UR** y lo seleccionó.

Apareció un nuevo menú. Había tres elementos: **LIBROS UR, ARCHIVO DE NOTICIAS UR**, y **UR LOCAL (EN CONSTRUCCIÓN)**.

—Uh —dijo Wesley—. ¡Qué leches!

Señaló **LIBROS UR**, puso el dedo sobre el botón de seleccionar, y dudó. De repente sintió la piel fría, como cuando se había quedado quieto por la voz grabada de Ellen mientras cogía una cerveza de la nevera. Después pensaría: «Era mi propio Ur. Algo básico y primitivo dentro de mí, diciéndome que no lo hiciera.».

Pero, ¿no era un hombre moderno? ¿Uno que leía en el ordenador?

Lo era. Lo era. Así que pulsó el botón.

La pantalla se quedó en blanco, y luego apareció **¡BIENVENIDO A LIBROS UR!** En la parte de arriba de la pantalla… ¡y en rojo! Los Kandlers estaban por debajo de la curva tecnológica; había *kolor* en el Kindle. Bajo el mensaje de bienvenida había una imagen, no de Charles Dickens o Eudora Welty, sino de una gran torre negra. Había algo ominoso en ella. Debajo, también en rojo, había una invitación a «Seleccionar autor (tu elección puede no estar disponible)». Y debajo de eso, un cursor que parpadeaba.

—Qué demonios —dijo Wesley a la habitación vacía. Se humedeció los labios, que estaban repentinamente secos, y escribió ERNEST HEMINGWAY.

La pantalla se quedó en blanco. La función, fuera la que fuera, no parecía funcionar. Después de diez segundos o así, Wesley cogió el Kindle, para apagarlo. Antes de que pudiera pulsar el botón cursor, la pantalla finalmente mostró un nuevo mensaje.

10.438.721 URS BUSCADOS

17.894 TÍTULOS DE ERNEST HEMINGWAY DETECTADOS

SI NO SABE EL TÍTULO, SELECCIONE UR

O VUELVA AL MENÚ DE FUNCIONES UR

LAS SELECCIONES DE SU UR ACTUAL NO SE MOSTRARÁN

—En el nombre de Dios, ¿qué es *esto*? —susurró Wesley.

Debajo del mensaje, el cursor parpadeaba. Encima de él, en letra pequeña (negra, no roja), había una instrucción más: **SOLO ENTRADA NUMÉRICA, SIN COMAS NI GUIONES, SU UR ACTUAL: 117586.**

Wesley sintió una fuerte urgencia (¡una *ur*-gencia!) de apagar el Kindle rosa y tirarlo en el cajón plateado. O en el congelador con el helado y las cenas congeladas Stouffer, eso podría estar mejor. En lugar de eso, utilizó el pequeño teclado para teclear su fecha de nacimiento. 1971974 podría servir tan bien como cualquier número, reconoció. Dudó de nuevo, y luego apoyó la punta de su índice en el botón de seleccionar. Cuando la pantalla se quedó en blanco esta vez, tuvo que luchar contra un impulso de levantarse de la silla de la cocina en la que estaba sentado y apartarse de la mesa. Una certeza loca se había afianzado en su mente: una mano —o quizás una garra— iba a emerger del gris de la pantalla Kindle, cogerlo de la garganta y meterlo dentro. Existiría para siempre en el gris computarizado, flotando alrededor de microchips y entre los muchos mundos de Ur.

Luego en la pantalla apareció letra, solo antigua y prosaica letra, y el miedo supersticioso desapareció. Examinó la pantalla del Kindle (del tamaño de un libro de bolsillo pequeño) con ansiedad, aunque no sabía ni por qué estaba ansioso.

Arriba estaba el nombre completo del autor —Ernest Miller Hemingway— y sus fechas. Después venía una larga lista de sus trabajos publicados… pero estaba mal. *Fiesta* estaba allí… *Por quién doblan las campanas*… los relatos… *El viejo y el mar*, por supuesto… pero también había tres o cuatro títulos que Wesley no reconoció, y excepto por ensayos menores, pensaba que había leído toda la considerable producción de Hemingway. Además…

Examinó las fechas de nuevo y vio que la fecha de la muerte estaba mal. Hemingway había muerto el 2 de julio de 1961, por una herida de bala autoinfligida. De acuerdo con la pantalla, se había ido a la gran biblioteca del cielo el 19 de agosto de 1964.

—La fecha de nacimiento también está mal —murmuró Wesley. Estaba pasándose la mano libre por el pelo, haciendo exóticas nuevas formas en él—. Estoy casi seguro. Debería ser 1899, no 1897.

Movió el cursor hacia uno de los títulos que no conocía: *Los perros de Cortland*. Era el concepto de broma de un programador informático lunático,

tenía que serlo, pero *Los perros de Cortland* al menos *sonaba* como un título de Hemingway. Wesley lo seleccionó.

La pantalla se quedó en blanco, luego mostró la portada de un libro. La imagen de la cubierta —en blanco y negro— mostraba perros ladrando que rodeaban a un espantapájaros. Atrás, con los hombros bajos en una postura de fatiga o derrota (o ambas), estaba un cazador con una pistola. El epónimo Cortland, seguro.

En los bosques del norte de Michigan, James Cortland lucha con la infidelidad de su mujer y su propia mortalidad. Cuando tres peligrosos criminales aparecen en la vieja granja de Cortland, el héroe más famoso de «Papa» se enfrenta a una terrible elección. Rica en acontecimientos y simbolismo, la última novela de Ernest Hemingway ganó el Pulitzer poco antes de su muerte. $7,5.

Bajo la miniatura de la imagen, el Kindle preguntaba: **¿COMPRAR ESTE LIBRO? S N.**

—Una completa gilipollez —susurró Wesley mientras marcaba **S** y pulsaba el botón para seleccionarlo.

La pantalla se quedó en blanco de nuevo, y luego mostró un nuevo mensaje: «Las novelas Ur no pueden ser difundidas conforme a todas las Leyes Paradox. ¿Está de acuerdo? S N.»

Sonriendo —como acorde con alguien que ha captado la broma pero sigue con ella de todos modos—, Wesley seleccionó el **S**. La pantalla se quedó en blanco, luego presentó información nueva:

¡GRACIAS, WESLEY!

SU NOVELA UR HA SIDO PEDIDA

SE CARGARÁN $7,50 A SU CUENTA

RECUERDE QUE LAS NOVELAS UR TARDAN MÁS EN DESCARGARSE

ESPERE DE 2 A 4 MINUTOS

Wesley volvió a la pantalla que encabezaba el Kindle de Wesley. Los mismos elementos allí —*Vía Revolucionaria, El viejo y el mar, Diccionario de la lengua española*— y estaba seguro de que eso no cambiaría. No había ninguna novela de Hemingway titulada *Los perros de Cortland*, no en este mundo ni en ningún otro. Sin embargo, se levantó y fue hacia el teléfono. Que fue contestado al primer toque.

—Don Allman —dijo su compañero de despacho—. Y sí, en efecto nací un hombre errante… —sin sonidos ahogados de gimnasio por detrás esta vez; sólo los alaridos bárbaros de los tres hijos de Don, que sonaban como si estuviesen desmantelando la residencia de Don tablón a tablón.

—Don, soy Wesley.

—¡Ah, Wesley! No te he visto desde hace… Jesús, ¡puede que tres horas! —desde las profundidades del manicomio lunático donde Wesley asumía que vivía Don con su familia, vino lo que sonó como un chillido de muerte. Don Allman no se alteró—. Jason, no tires eso a tu hermano. Sé un pequeño *troll* bueno y vete a ver Bob Esponja —luego, dijo a Wesley—: ¿Qué puedo hacer por ti, Wes? ¿Consejo sentimental? ¿Trucos para mejorar tu rendimiento sexual y resistencia? ¿Un título para tu novela en marcha?

—No tengo ninguna novela en marcha y lo sabes —le espetó Wesley. Pero es de novelas de lo que quiero hablar. Conoces la *oeuvre* de Hemingway, ¿no?

—Me gusta cuando dices guarradas.

—¿Sí o no?

—Por supuesto. Pero no tan bien como tú, espero. Tú eres el hombre de la literatura del siglo XX, después de todo; yo estoy estancado en los días en que los escritores llevaban pelucas, consumían rapé, y decías cosas pintorescas como *abondo* y *adonado*. ¿Qué te ronda la cabeza?

—Que tú sepas, ¿Hemingway escribió alguna obra de ficción sobre perros?

Don se lo pensó mientras otro niño pequeño empezaba a pegar gritos.

—Wes, ¿estás bien? Suenas un poco…

—Sólo contesta la pregunta. ¿Lo hizo o no? **«Selecciona S o N»** —pensó

Wesley.

—Vale —dijo Don—. Hasta donde puedo decir sin consultar mi ordenador de confianza, no. Recuerdo que una vez afirmó que los partisanos de Batista golpearon a su chucho cachorro hasta la muerte, aunque, ¿qué tal está eso como curiosidad? Ya sabes, cuando estuvo en Cuba. Lo tomó como un signo de que él y Mary deberían irse a Florida, y lo hicieron inmediatamente.

—No puedes recordar el nombre de ese perro, ¿no?

—Creo que sí. Me gustaría comprobarlo en Internet, pero creo que era Cortland. ¿Como la manzana, no?

—Gracias, Don —sentía entumecidos los labios—. Te veré mañana.

—Wes, ¿estás seguro de que estás… *¡FRANKIE, DEJA ESO! ¡NO…* —hubo un estrépito—. Mierda, creía que había sido Delft. Tengo que irme, Wes. Nos vemos mañana.

—Vale.

Wesley volvió a la mesa de la cocina. Vio que una nueva selección aparecía ahora en la página de contenidos de su Kindle. Una novela (o *algo*) titulada *Los perros de Cortland* había sido descargada desde…

¿Desde dónde, exactamente? ¿Algún otro plano de la realidad llamado Ur (o posiblemente UR) 7.191.974?

Wesley ya no sentía fuerzas para considerar ridícula esa idea y la apartó. Las tenía, sin embargo, para ir a la nevera y coger una cerveza. La necesitaba. La abrió, bebió la mitad en cinco largos tragos, eructó. Se sentó, sintiéndose un poco mejor. Seleccionó su nueva adquisición ($7,5 sería tremendamente barato para un inédito Hemingway, reconoció) y apareció una página con un título. La siguiente página era una dedicatoria: «Para Sy, y para Mary, con amor». Luego esto:

Capítulo 1

LA VIDA DE UN HOMBRE dura cinco perros, creía Cortland. El primero es el que te enseña. El segundo es al que enseñas. El tercero y cuarto son los que te trabajas. El último es el que te sobrevive. Es el perro del invierno. El perro del invierno de Cortland no tenía nombre. Pensaba en él sólo como el perro del espantapájaros…

Un líquido subió a la garganta de Wesley. Corrió al fregadero, se inclinó sobre él, y luchó por bajar la cerveza. Sus náuseas se estabilizaron, y en lugar de hacer correr el agua para que bajara el vómito, ahuecó las manos bajo el chorro y las echó contra su piel sudorosa. Eso estaba mejor.

Entonces volvió al Kindle y lo miró desde arriba.

La vida de un hombre dura cinco perros, creía Cortland.

En algún lugar —en alguna escuela mucho más ambiciosa que Moore de Kentucky— había un ordenador programado para leer libros e identificar a los escritores por sus tics estilísticos, que se supone que eran tan únicos como huellas digitales o copos de nieve. Wesley tenía un vago recuerdo de que este programa de ordenador había sido utilizado para identificar al autor de una novela con seudónimo titulada *Colores primarios*; el programa había chequeado miles de escritores en cuestión de horas o días y había topado con un columnista de una revista llamado Joe Klein, que más tarde reconoció su paternidad literaria.

Wesley pensó que si analizaba *Los perros de Cortland* con ese ordenador, sacaría el nombre de Hemingway. De hecho, no pensaba que necesitara un ordenador.

Cogió el Kindle con las manos que le temblaban violentamente.

—*¿Qué eres?* —preguntó.

El Kindle no contestó.

III

Wesley se niega a volverse loco

EN UNA REAL NOCHE OSCURA del alma, había dicho Scott Fitzgerald, *siempre son las tres de la mañana, día tras día*.

A las tres en punto de esa mañana, Wesley estaba febrilmente despierto, preguntándose si podría estar sufriendo un ataque de nervios. Se había obligado a sí mismo a apagar el Kindle rosa y devolverlo a su maletín hacía una hora, pero su control sobre él seguía igual de fuerte que a medianoche, cuando todavía estaba metido a fondo en el menú LIBROS UR.

Había buscado a Ernest Hemingway en dos docenas de los casi diez millones y medio de Urs del Kindle, y habían salido al menos veinte novelas que no le sonaban de nada. En uno de los Urs (resultó ser el 6.201.949, que, analizándola, era la fecha de nacimiento de su madre), Hemingway parecía ser un escritor de historias de crímenes. Wesley se había descargado uno que se titulaba *¡Es sangre, querida!*, y descubrió que era una novela barata… pero escrita con las frases incisivas y en *staccato* que habría reconocido en cualquier parte.

Frases *Hemingway*.

E incluso como escritor de crímenes, Hemingway se había apartado de las guerras de bandas y los engaños, un debutante lo bastante amante de la sangre como para escribir *Adiós a las armas*. *Siempre* escribía *Adiós a las armas*, al parecer; otros títulos iban y venían, pero *Adiós a las armas* siempre estaba ahí y *El viejo y el mar* lo estaba *normalmente*.

Probó a Faulkner.

Faulkner no estaba allí para nada, en ninguno de los Urs.

Revisó el menú normal, y descubrió que Faulkner no estaba disponible en lo que él pensaba como su realidad, tampoco ahí, al menos no en ediciones Kindle. Sólo lo mencionaban en unos pocos libros sobre literatura norteamericana como *Count no' Count: Flashbacks to Faulkner* de Ben Wasson.

Buscó a Roberto Bolaño, el autor de *2666*, y aunque no estaba disponible en el menú normal de Kindle, estaba listado en varios submenús de LIBROS UR. También estaban otras novelas de Bolaño, incluyendo un libro con el colorido título *Marilyn dispara a Fidel* (en el Ur 101). Estuvo a punto de descargarse esa, y luego cambió de idea. Tantos autores, tantos Urs, tan poco tiempo. Una parte de su mente —distante aunque auténticamente aterrorizada— continuaba insistiendo en que todo era una elaborada broma que había salido de la imaginación lunática de un degenerado programador informático. Aún así, la evidencia, que continuaba compilando mientras esa larga noche avanzaba, sugería otra cosa. James Cain, por ejemplo. En un Ur que Wesley miró, había muerto sumamente joven, después de haber escrito sólo dos libros: *Nightfall* (uno nuevo) y *Mildred Pierce* (uno de los viejos). Wesley habría apostado que *El cartero siempre llama dos veces* sería una constante de Cain —su Ur-novela, por así decirlo— pero no. Aunque revisó una docena de Urs para Cain, *El cartero* sólo apareció una vez, pero *Mildred Pierce*, a quien él consideraba una obra menor, siempre estaba allí. Como *Adiós a las Armas*.

Había buscado su propio nombre, y descubrió lo que temía: aunque los Urs estaban plagados de Wesleys Smiths (uno parecía ser un escritor de westerns, otro un autor de novelas porno como *La nena de la bañera caliente*), ninguno parecía ser él. Por supuesto, era difícil estar cien por cien seguro, pero parecía que había buscado en 10,4 millones de realidades alternativas y era un perdedor no publicado en todas de ellas. Completamente despierto en su cama, escuchando a un perro solitario ladrar en la distancia, Wesley empezó a temblar. Sus propias aspiraciones literarias parecían muy poco importantes para él en ese momento. Lo que parecía importante —lo que amenazaba su vida y su propia lucidez— eran las riquezas escondidas en el interior de ese fino panel de plástico. Pensaba en todos los escritores cuya muerte había lamentado, desde Norman Mailer y Saul Bellow hasta Donald Westlake y Evan Hunter; uno tras otro, Tánatos había silenciado las voces mágicas y ya no hablaban.

Pero ahora podrían.

Podrían hablarle a él.

Apartó las sábanas. El Kindle le estaba llamando. No con una voz humana, sino con una orgánica. Sonaba como un corazón latiendo, el corazón delator de Poe, saliendo de su maletín en lugar de bajo los tablones, y…

¡Poe!

Dios, ¡no había buscado a Poe!

Había dejado su maletín en el lugar habitual al lado de su sofá favorito. Corrió hacia él, lo abrió, cogió el Kindle, y lo enchufó (de ninguna manera se iba a arriesgar a quedarse sin batería). Se apresuró a ir al menú de **LIBROS UR**, escribió el nombre de Poe, y en su primer intento encontró un Ur —2.555.676— donde Poe había vivido hasta 1875 en lugar de morir en 1849, a la edad de cuarenta. ¡Y esta versión de Poe había escrito novelas! ¡Seis! La codicia llenó el corazón de Wesley (su en gran medida *bondadoso* corazón) mientras sus ojos recorrían los títulos.

Uno se titulaba *La casa de la vergüenza, o el precio de la degradación.* Wesley lo descargó —el precio por este era de sólo $4,95— y leyó hasta el amanecer. Luego apagó el Kindle rosa, apoyó la cabeza en sus brazos, y durmió dos horas en la mesa de la cocina.

También soñó. Sin imágenes; sólo palabras. ¡Títulos! Líneas interminables de títulos, muchos de ellos obras maestras sin descubrir. Tantos títulos como estrellas en el cielo.

Pasó el martes y el miércoles —de alguna manera— pero durante su clase del jueves de Introducción a la Literatura Norteamericana, la falta de sueño y sobreexcitación pudieron con él. Por no mencionar su cada vez más tenue vínculo con la realidad. A mitad de su clase de Missisipi (que normalmente hacía con un alto grado de convicción) sobre cómo Hemingway era heredero de Twain, y casi toda la ficción norteamericana del siglo veinte derivaba de Hemingway, se dio cuenta de que estaba contándole a la clase que «Papa» nunca

había escrito una historia buena sobre perros, pero de haber vivido, seguro que lo habría hecho.

—Algo con más sustancia que *Marley y yo* —dijo, y se rió con un buen humor desconcertante.

Se giró desde la pizarra y vio a veintidós pares de ojos mirándolo con grados que mostraban preocupación, perplejidad, y diversión. Escuchó un susurro, bajo, pero tan claro como el corazón del viejo en los oídos del narrador de Poe: «A Smithy se le está yendo».

Eso no era así, pero no había duda de que estaba en *peligro* de que se le fuera.

«*Me niego*, pensó. *Me niego, me niego, me niego*». Y se dio cuenta, para horror suyo, de que en realidad estaba susurrando esto en voz baja.

El chico Henderson, que se sentaba en primera fila, lo había oído.

—¿Sr. Smith? —duda—. ¿Señor? ¿Está usted bien?

—Sí —dijo—. No. Algún virus, puede ser —*El escarabajo de oro* de Poe, pensó, y a duras penas se reprimió para no estallar en risas salvajes—. Se acabó la clase. Vamos, fuera de aquí.

Y, mientras salían por la puerta, tuvo presencia de ánimo suficiente para añadir:

—¡La semana que viene: *Where I'm Calling From*, de Raymond Carver! ¡No lo olvidéis!

Y pensó: *¿Qué más hay de Raymond Carver en los mundos de Ur? ¿Hay uno —o una docena, o mil— donde dejó de fumar, vivió hasta los setenta, y escribió otra media docena de libros?*

Se sentó en su mesa, cogió su maletín con el Kindle rosa dentro, y luego apartó la mano. La alargó de nuevo, se detuvo de nuevo, y gimió. Era como una droga. O una obsesión sexual. Pensar en eso le hizo acordarse de Ellen Silverman, algo que no había hecho desde que había descubierto los menús ocultos del Kindle. Por primera vez desde que se había ido, Ellen había salido completamente de su mente.

Irónico, ¿no es cierto? Ahora estoy leyendo en el ordenador, Ellen, y no puedo parar.

—Me niego a pasar el resto del día mirando esa cosa —dijo—, y me niego a volverme loco. Me niego a mirar, y me niego a volverme loco. Mirar o volverme

loco. Rechazo ambas cosas. Yo…

¡Pero el Kindle rosa estaba en su mano! ¡Lo había cogido mientras estaba negando su poder sobre él! ¿Cuándo había hecho eso? ¿Y realmente pretendía sentarse aquí, en esta clase vacía, inclinado sobre él?

—¿Sr. Smith?

La voz lo asustó tanto que soltó el Kindle sobre su mesa. Lo cogió enseguida y lo examinó, aterrorizado por que pudiera estar roto, pero estaba bien. Gracias a Dios.

—No quería asustarle —era el chico Henderson, de pie en la puerta y con aspecto preocupado. Esto no sorprendió demasiado a Wesley. *Si me viera justo ahora, probablemente estaría preocupado también.*

—Oh, no me has asustado —dijo Wesley—. Esta mentira tan obvia le pareció divertida, y dejó salir una risa cristalina. Estampó la mano contra su boca para retenerla.

—¿Ocurre algo malo? —el chico Henderson dio un paso para entrar—. Creo que es más que un virus. Hombre, tiene una pinta horrible. ¿Ha recibido malas noticias, o algo?

Wesley estuvo a punto de decirle que se preocupara de sus asuntos, se fumara sus papeles, pusiera un huevo en su zapato y lo sacudiera, pero luego la parte aterrorizada de él que había estado encogida de miedo en la parte más alejada de su cerebro, insistiendo en que el Kindle rosa era una travesura o la táctica de apertura de alguna estafa elaborada, decidió dejar de esconderse y empezar a actuar.

Si realmente te niegas a estar loco, mejor deberías hacer algo al respecto, se dijo. *Así que, ¿qué tal si lo haces?*

—¿Cómo se llama, Sr. Henderson? Se me ha olvidado completamente.

El chico sonrió. Una sonrisa agradable, pero la preocupación todavía estaba en sus ojos.

—Robert, señor. Robbie.

—Bueno, Robbie, soy Wes. Y quiero enseñarte algo. Quizá no veas nada —lo que significa que estoy alucinando, y muy probablemente sufriendo un colapso nervioso— o verás algo que me vuelve totalmente loco. Pero no aquí. Ven a mi despacho, ¿te importa?

Henderson intentó preguntar cosas mientras cruzaban el anodino patio.

Wesley las evitó, pero estuvo contento de que Robbie Henderson hubiera vuelto, y contento de que esa aparte aterrorizada de su mente hubiera tomado la iniciativa para hablar. Se sintió mejor con el Kindle —*más seguro*— de lo que había estado desde que descubrió los menús ocultos. En una historia fantástica, Robbie Henderson no vería nada y el protagonista decidiría que estaba volviéndose loco. O que ya lo estaba. La realidad parecía ser diferente. Su realidad, al menos, la Ur de Wesley Smith.

—*En realidad quiero que sea un engaño. Porque si lo es, y si con la ayuda de este joven puedo reconocerlo como tal, estoy seguro de que evitaré volverme loco. Y me niego a volverme loco.*

—Está susurrando, señor —dijo Robbie—. Wes, quiero decir.

—Lo siento.

—Me está asustando un poco.

—Yo también *me* estoy asustando un poco.

Don Allman estaba en el despacho, con auriculares, corrigiendo deberes, y cantando sobre Jeremiah la rana en una voz que iba desde los límites desde lo malo a secas hasta el territorio inexplorado de lo execrable. Apagó su iPod cuando vio a Wesley.

—Pensé que tenías clase.

—La he cancelado. Éste es Robert Henderson, uno de mis estudiantes de Literatura Norteamericana.

—Robbie —dijo Henderson, extendiendo la mano.

—Hola, Robbie. Soy Don Allman. Uno de los Allman Brothers. Toco la tuba.

Robbie se rió educadamente y estrechó la mano de Don Allman. Hasta ese momento, Wesley había planeado pedirle a Don que se fuera, pensando que un testigo de su colapso mental sería suficiente. Pero puede que ese fuera ese caso raro donde entre más, realmente, mejor.

—¿Necesitáis algo de privacidad? —preguntó Don.

—No —dijo Wesley—. Quédate. Quiero mostraros algo, chicos. Y si no veis nada y yo veo algo, estaré encantado de ingresar en el psiquiátrico Central State.

Abrió su maletín.

—¡Guau! —exclamó Robbie—. ¡Un Kindle rosa! ¡Qué mono! ¡Nunca había visto uno de esos antes!

—Ahora voy a mostraros algo más que nunca habéis visto antes —dijo Wesley—. Al menos, creo que voy a hacerlo.

Enchufó el Kindle y lo encendió.



Lo que convenció a Don Allman fueron las *Obras Completas de William Shakespeare* del Ur 17.000. Después de descargarlo por petición de Don —porque en este Ur en particular, Shakespeare había muerto en 1620 en lugar de 1616—, los tres hombres descubrieron dos nuevas obras. Una se titulaba *Dos damas de Hampshire*, una comedia que parecía haber sido escrita justo después de *Julio César*. La otra era una tragedia titulada *Un hombre negro en Londres*, escrita en 1619. Wesley abrió este y luego (con alguna reluctancia) le tendió a Don el Kindle.

Don Allman era normalmente un tipo de cara rubicunda que sonreía mucho, pero mientras pasaba páginas en los Actos I y II de *Un hombre negro en Londres*, perdió tanto su sonrisa como su color. Después de veinte minutos, durante los cuales Wesley y Robbie estuvieron sentados mirándolo en silencio, empujó el Kindle para devolvérselo a Wesley. Lo hizo con la punta de sus dedos, como si realmente no quisiera tocarlo en absoluto.

—¿Y? —preguntó Wesley—. ¿Cuál es el veredicto?

—Podría ser una imitación —dijo Don—, pero por supuesto siempre ha habido estudiosos que afirman que las obras de Shakespeare no estaban escritas por Shakespeare. Hay partidarios de Christopher Marlowe… Francis Bacon… incluso el Duque de Darby…

—Sí, y James Frey escribió *Macbeth* —dijo Wesley—. ¿Qué crees *tú*?

—Creo que esto podría ser un auténtico Willie —dijo Don. Sonaba como si estuviera a punto de llorar. O de reír. Puede que ambas cosas—. Creo que es demasiado elaborado como para ser una broma. Y si no es falso, no tengo ni idea de cómo funciona —alargó un dedo hacia el Kindle, lo tocó un poco, luego lo apartó—. Tendría que estudiar ambas obras con detenimiento, con trabajos de

referencia a mano, para ser más concluyente, pero… tiene su *cadencia*.

Resultó que Robbie Henderson había leído casi todas las novelas de misterio y suspense de John D. MacDonald. En el listado de trabajos de MacDonald del Ur 2.171.753, encontró diecisiete novelas dentro de lo que se llamaba «La Saga de Dave Higgins». Todos los títulos contenían nombres de colores.

—Esta parte está bien —dijo Robbie—, pero los títulos están todos mal. Y el personaje de John D. MacDonald se llamaba Travis McGee, no Dave Higgins.

Wesley descargó uno titulado *El lamento triste*, cargando en su tarjeta de crédito otro cargo de $4,5, y le pasó el Kindle a Robbie una vez que el libro estuvo descargado a la cada vez más creciente biblioteca del *Kindle de Wesley*. Mientras Robbie leía, al principio desde el comienzo y luego saltándose partes, Don bajó al despacho principal y trajo tres cafés. Antes de ponerse tras su mesa, colgó el poco utilizado cartel **REUNIÓN EN MARCHA NO MOLESTAR** en la puerta.

Robbie levantó la vista, casi tan pálido como había estado Don después de haberse sumergido en la obra nunca escrita de Shakespeare sobre el príncipe africano que llevan a Londres encadenado.

—Esto se parece mucho a la novena novela del detective Travis McGee titulada *Pale Gray for Guilt*, —dijo—. Sólo que Travis McGee vive en Fort Lauderdale, y este tipo, Higgins, vive en Sarasota. McGee tiene un amigo llamado Meyer —un tipo— y Higgins tiene una amiga llamada Sarah… —Se inclinó sobre el Kindle un momento—. Sarah Mayer —miró a Wesley, con los ojos mostrando demasiado blanco alrededor de los iris—. Jesucristo, y hay *diez millones* de estos… ¿Estos otros mundos?

—Diez millones, cuatrocientos mil y algo, según el menú **LIBROS UR** —dijo Wesley—. Creo que explorar aunque sólo fuera un autor de forma completa llevaría más años que los que te quedan de vida, Robbie.

—Podría morir hoy —dijo Robbie Henderson en voz baja—. Esa cosa podría provocarme un jodido ataque al corazón —abruptamente, agarró su vaso desechable de café y se tragó la mayor parte del contenido, aunque el café todavía humeaba.

Wesley, por otra parte, se sentía ya casi normal otra vez. Pero con el miedo a la locura eliminado, un montón de preguntas abarrotaban su mente. Sólo una parecía completamente relevante.

—Así que, ¿qué hago ahora?

—Por un lado —dijo Don—, esto tiene que ser un secreto entre nosotros tres —se giró hacia Robbie—. ¿Puedes guardar un secreto? Dí que no y tendré que matarte.

—Puedo guardarlo. Pero ¿qué hay de la gente que te lo envió, Wes? ¿*Ellos* pueden guardar un secreto? ¿*Lo harán*?

—¿Cómo voy a saberlo si no sé quiénes son?

—¿Qué tarjeta de crédito utilizaste cuando pediste al Pequeño Rosa?

—MasterCard. Es la única que utilizo ahora.

Robbie señaló al ordenador del Departamento de Inglés que Wesley y Don compartían.

—Por qué no entras en internet y revisas tu cuenta. Si esos… esos libros-Ur vienen de Amazon, estaría muy sorprendido.

—¿De qué otra parte *podrían* haber venido? —preguntó Wesley—. Es su aparato, venden los libros para él. Además, venía en una caja de Amazon. Tenía la sonrisa.

—¿Y venden el aparato en color rosa fosforito? —preguntó Robbie.

—Bueno, no.

—Tío, revisa la cuenta de la tarjeta de crédito.



Wesley hizo repicar los dedos sobre el *mousepad* de *Super Ratón* mientras el viejo PC de la oficina pensaba. Luego se enderezó y empezó a leer.

—¿Y bien? —preguntó Don—. Comparte.

—Según esto —dijo Wesley—, mi última adquisición MasterCard fue un blazer de Men’s Warehouse. Hace una semana. Sin libros descargados.

—¿Ni siquiera los que has pedido de forma normal? ¿*El viejo y el mar* y *Vía Revolucionaria*?

—Nop.

Robbie preguntó:

—¿Qué hay del Kindle en sí mismo?

Wesley hizo retroceder el texto.

—Nada… nada… nad… espera, aquí… —Se inclinó hacia delante hasta que su nariz casi tocó la pantalla—. Que me aspen.

—¿Qué? —Don y Robbie lo dijeron a la vez.

—Según esto, mi compra fue rechazada. Dice: «número incorrecto de tarjeta de crédito» —lo consideró—. Podría ser. Siempre intercambio dos de los dígitos, a veces incluso teniendo la maldita tarjeta al lado del teclado. Soy un poco disléxico.

—Pero el pedido siguió adelante, de todos modos —Don lo dijo dubitativo —. De algún modo… para *alguien*. En *alguna parte*. ¿En qué Ur dice el Kindle que estamos? Recuérdamelo.

Wesley volvió a la pantalla relevante.

—117.586. Sólo que para introducir eso como opción, omites el punto.

Don dijo:

—Podría no ser el Ur en el que vivimos, pero apuesto a que era el Ur de donde salió este Kindle. En *ese* Ur, el número de MasterCard que diste es el correcto para el Wesley Smith que existe allí.

—¿Cuáles son las probabilidades de que algo así ocurra? —preguntó Robbie.

—No lo sé —dijo Don—, pero probablemente un poco más altas que 10,4 millones a una.

Wesley abrió la boca para decir algo, y le interrumpió una serie de golpes en la puerta. Todos dieron un salto. Don Allman en realidad soltó un gritito.

—¿Quién es? —preguntó Wesley, cogiendo el Kindle y apretándolo de forma protectora contra su pecho.

—El conserje —dijo la voz en el otro lado de la puerta—. ¿Os vais a ir a casa en algún momento? Son casi las siete, y tengo que cerrar el edificio.

IV

Archivo de noticias

NO HABÍAN TERMINADO, no podían haber terminado. Aún no. Wesley en particular estaba ansioso por continuar. Aunque no había dormido más de tres horas en varios días, se sentía completamente despierto, lleno de energía. Él y Robbie volvieron a su apartamento mientras Don iba a casa a ayudar a su mujer a meter a los niños en cama. Cuando eso estuviera hecho, se les uniría en la casa de Wesley para una sesión extendida de estrategia. Wesley dijo que había pedido algo de comida.

—Bien —dijo Don—, pero ten cuidado. El chino-Ur no sabe igual.

De forma sorprendente, Wesley descubrió que podía reírse.



—Así que este aspecto es el que tiene el apartamento de un profesor de literatura —dijo Robbie, mirando alrededor—: ¡Tío, me chiflan todos esos libros!

—Bueno —dijo Wesley—. Se los presto a quien me los devuelva. Tenlo en mente.

—Lo haré. Mis padres nunca han sido, sabes, grandes lectores. Pocas revistas, algunos libros de dietas, un manual de autoayuda o dos… eso es todo. Yo podría haber sido igual que ellos, si no fuera por ti. Tan solo golpeándome la

cabeza en el campo de fútbol, ¿sabes?, con nada por delante excepto la posibilidad de enseñar Educación Física en Giles County. Eso es en Tennessee. *¡Yija!*

Wesley se sintió conmovido por ello. Probablemente porque se había enfrentado a tantas situaciones emocionales últimamente.

—Gracias —dijo—. Sólo recuerda, no hay nada malo en gritar un buen *¡yija!* Es parte de lo que eres, también. Las dos partes son igualmente válidas.

Pensó en Ellen, arrancando *Liberación* de sus manos y tirándolo a la otra punta de la habitación. ¿Y por qué? ¿Porque odiaba los libros? No, porque él no había escuchado cuando ella lo necesitaba. ¿No había sido Fritz Leiber, el gran escritor de literatura fantástica y ciencia ficción, quien había llamado a los libros «la querida del erudito»? Y cuando, Ellen le había necesitado, ¿no había estado él en los brazos de su otra amante, una que no pedía cosas (más que su vocabulario) y siempre le aceptaba?

—¿Wes? ¿Qué eran esas otras cosas en el menú de **FUNCIONES DE UR**?

Al principio Wesley no supo de qué estaba hablando el chico. Luego recordó que había habido un par de ítems más. Había estado tan absorto en el submenú **LIBROS** que había olvidado los otros dos.

—Bueno, veamos —dijo, y encendió el Kindle. Cada vez que hacía esto, esperaba que el menú **EXPERIMENTAL** o el de **FUNCIONES DE UR** hubieran desaparecido. Eso también ocurriría en una historia fantástica o en un capítulo de *Twilight Zone*, pero todavía estaban allí.

—**ARCHIVO DE NOTICIAS UR** y **UR LOCAL** —dijo Robbie—. Mmmm. **UR LOCAL** está en construcción. Mejor tener cuidado, las multas de tráfico son del doble.

—¿Qué?

—No importa, sólo me burlaba de ti. Prueba el archivo de noticias.

Wesley lo seleccionó. La pantalla se quedó en blanco. Después de unos pocos momentos, apareció un mensaje.

¡BIENVENIDO AL ARCHIVO DE NOTICIAS!

SÓLO ESTÁ DISPONIBLE EL *NEW YORK TIMES* EN ESTE MOMENTO

EL PRECIO ES DE $1 POR 4 DESCARGAS

$10 POR 50 DESCARGAS

$100 POR 800 DESCARGAS

SELECCIONE CON EL CURSOR, SU CUENTA SERÁ CARGADA

Wesley miró a Robbie, que se encogió de hombros.

—No puedo decirte qué hacer, pero si *mi* tarjeta de crédito no estuviese siendo cargada, en este mundo, al menos, gastaría los cien.

Wesley pensó que tenía razón, aunque se preguntó qué iba a pesar el otro Wesley (si es que había uno) cuando abriese su próxima factura de MasterCard. Seleccionó la línea de $100 POR 800 y pulsó el botón de seleccionar. Esta vez no apareció lo de las Leyes Paradox. En lugar de eso, el nuevo mensaje lo invitaba a **ELEGIR FECHA Y UR, UTILIZAR LOS CAMPOS ADECUADOS.**

—Hazlo tú —dijo, y empujó el Kindle hacía Robbie encima de la mesa de la cocina. Estaba siendo más fácil hacer esto, y se alegró. Una obsesión con mantener el Kindle en sus propias manos era una complicación que no necesitaba, aunque fuese entendible.

Robbie lo pensó un momento, y luego introdujo la fecha del 21 de enero de 2009. En el campo Ur seleccionó 1.000.000.

—Ur un millón —dijo—. ¿Por qué no? —y pulsó el botón.

La pantalla se quedó en blanco, y luego salió un mensaje que decía **¡DISFRUTE DE SU SELECCIÓN!** Un momento después la portada del *New York Times* apareció. Se inclinaron hacia la pantalla, leyendo en silencio, hasta que oyeron un golpe en la puerta.

—Será Don —dijo Wesley—. Le abriré.

Robbie Henderson no contestó. Todavía estaba alelado.

—Hace frío ahí fuera —dijo Don al entrar—. Y hay un viento que está arrancando todas las hojas de los… —estudió la cara de Wesley—. ¿Qué?, o debería decir, ¿y ahora qué?

—Ven y mira —dijo Wesley.

Don entró en la sala de estar-estudio de Wesley con la pared llena de libros, donde Robbie seguía inclinado sobre el Kindle. El chico levantó la vista y giró la pantalla para que Don pudiera verla. Había parches blancos donde deberían estar las fotos, cada una con el aviso de IMAGEN NO DISPONIBLE, pero el titular estaba en grande y negro: **AHORA ES SU TURNO**. Y debajo, el subtítulo: ***Hillary Clinton toma juramento, acepta el cargo de 44.º presidente.***

—Parece que al final lo consiguió —dijo Wesley—. Al menos en el Ur 1.000.000.

—Y mira a quién reemplaza —dijo Robbie, y señaló el nombre. Era Albert Arnold Gore.



Una hora después, cuando sonó el timbre, no saltaron sino que más bien miraron alrededor como hombres a los que despiertan de un sueño. Wesley bajó las escaleras y pagó al repartidor, que había llegado con una pizza de Harry’s y un pack de seis Pepsis. Comieron en la mesa de la cocina, inclinados sobre el Kindle. Wesley cogió tres porciones, un récord personal, sin darse cuenta de lo que estaba comiendo.

No utilizaron las ochocientas descargas que habían pedido —ni estuvieron cerca— pero en las siguientes cuatro horas leyeron por encima suficientes historias de varios Urs como para que les doliese la cabeza. Wesley se sentía como si su *mente* le doliese. De las miradas casi idénticas que vio en las caras de los otros dos —otras mejillas pálidas y ojos ávidos en cuencas hinchadas, pelo revuelto— supuso que no estaba solo. Mirar a una realidad alternativa habría sido un desafío suficiente; aquí había cerca de diez millones, y aunque muchas parecían ser similares, ninguna era exactamente la misma.

La inauguración del cuadragésimo cuarto presidente de los Estados Unidos era sólo un ejemplo, pero poderoso. Miraron en dos docenas de Urs diferentes antes de cansarse y cambiar de tema. Diecisiete portadas completas del 21 de

enero de 2009 anunciaban a Hillary Clinton como nueva presidenta. En catorce de ellas, Bill Richardson de Nuevo México era su vicepresidente. En dos, era Joe Biden. En una era un senador que ninguno de ellos conocía: Linwood Speck de Nueva Jersey.

—Él siempre dice no cuando otra persona gana el primer puesto —dijo Don.

—¿Quién dice siempre no? —preguntó Robbie—: ¿Obama?

—Sí. Siempre se lo piden, y siempre dice no.

—Va en la personalidad —dijo Wesley—. Y aunque cambien los eventos, la personalidad parece no hacerlo.

—No puedes decir eso con seguridad —dijo Don—. Tenemos un ejemplo minúsculo comparado con el… el… —Se rió débilmente—. Sabéis, todo. Todos los mundos de Ur.

Barack Obama había sido elegido en seis Urs. Mitt Romney había sido elegido en uno, con John McCain como su vicepresidente. Había competido con Obama, que había sido elegido después de que Hillary muriese en un accidente en un vehículo de campaña al final de la campaña.

No vieron ni una sola mención de Sarah Palin. A Wesley no le sorprendió. Pensó que si tropezaban con ella, sería más por suerte que por probabilidad y no porque Mitt Romney apareciese más a menudo como el candidato republicano que John MacCain. Palin siempre había sido una intrusa, una apuesta arriesgada, la que nadie esperaba.

Robbie quería buscar a los Red Sox. Wesley pensaba que era una pérdida de tiempo, pero Don se puso del lado del chico, así que Wesley estuvo de acuerdo. Los dos revisaron las páginas de deportes de octubre en diez Urs diferentes, buscando fechas de 1918 a 2009.

—Esto es deprimente —dijo Robbie después del décimo intento. Don Allman estuvo de acuerdo.

—¿Por qué? —preguntó Wesley—, si ganan muchas veces.

—Pero es sin ton ni son —dijo Robbie.

—Y no hay maldición —dijo Don—. Siempre ganan justo para evitarla. Lo cual es algo así como aburrido.

—¿Qué maldición? —Wesley estaba perplejo.

Don abrió la boca para explicar, luego suspiró.

—No importa —dijo—. Sería muy largo, y no lo entenderías de todos

modos.

—Míralo por el lado bueno —dijo Robbie—. Los Yankees siempre están ahí, así que no es *todo* suerte.

—Sí —dijo Don con tristeza—. El complejo militar-industrial del mundo deportivo.

—Disculpad. ¿Alguien quiere esa última porción?

Don y Wes menearon la cabeza. Robbie la cogió y dijo:

—¿Por qué no miramos el Big Casino, antes de que decidamos que estamos locos y nos inscribamos en Central State?

—¿Qué Big Casino podría ser ese, Yoda? —preguntó Don.

—El asesinato de JFK —dijo Robbie—. El Sr. Tollman dice que fue el evento fundamental del siglo veinte, incluso más importante que el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Creía que los eventos importantes normalmente ocurren en la cama, pero *¡hey!*, he venido a la escuela a aprender. El Sr. Tollman está en el Departamento de Historia.

—Sé quién es Hugh Tollman —dijo Don—. Es un maldito comunista, y nunca se ríe de mis chistes.

—Pero podría tener razón sobre el asesinato de Kennedy —dijo Wesley—. Veamos.

Persiguieron el hilo de John-Kennedy-en-Dallas hasta cerca de las once de la noche, mientras los estudiantes universitarios abucheaban inadvertidamente debajo de ellos, en su camino hacia y desde las cervecerías locales. Miraron cerca de setenta versiones del *New York Times* para el 23 de noviembre de 1963, y aunque la historia nunca era la misma, un hecho parecía innegable para todos ellos: ya fallara al disparar a Kennedy, hiriera a Kennedy, o asesinase a Kennedy, siempre era Lee Harvey Oswald, y siempre actuaba solo.

—El Informe Warren estaba en lo cierto —dijo Don—. Por una vez la burocracia hizo su trabajo. Estoy patidifuso.

En algunos Urs, ese día en noviembre había pasado sin historias de asesinato, ni fallidas ni exitosas. A veces Kennedy decidía no visitar Dallas después de todo. A veces lo hacía, y su desfile pasaba sin incidentes; llegaba al Dallas Trade Mart, daba su discurso de cien dólares el plato («Dios, las cosas eran baratas en el pasado, ¿no?» comentó Robbie), y volaba hacia el atardecer.

Éste era el caso en el Ur. 88.416. Wesley empezó a buscar más fechas en ese Ur. Lo que vio lo llenó de asombro y horror y maravilla y dolor. En el Ur 88.416, Kennedy había visto la locura de Vietnam y se había retirado de allí sobre las vehementes objeciones de Robert McNamara, su Secretario de Defensa. McNamara dimitió y fue reemplazado por un hombre llamado Bruce Palmer, que dejó su rango de general del Ejército de los E.E.U.U. para aceptar el trabajo. La agitación sobre los derechos civiles fue más suave que cuando Lyndon Johnson fue presidente, y casi no hubo revueltas en las ciudades norteamericanas —en parte porque en el Ur 88.416, Martin Luther King no había sido asesinado en Memphis ni en ninguna otra parte.

En este Ur, JFK había sido elegido para un segundo mandato. En 1968, Edmund Muskie de Maine ganó la presidencia ganando de forma arrolladora a Nelson Rockefeller. Para entonces el presidente saliente casi no podía caminar sin la ayuda de muletas, y dijo que su primera prioridad iba a ser una operación quirúrgica importante de espalda.

Robbie ignoró eso y se fijó en una historia que tenía que ver con la última fiesta de Kennedy en la Casa Blanca. Los Beatles habían tocado, pero el concierto terminó pronto cuando el baterista Pete Best sufrió un ataque y tuvo que ser llevado al hospital de Washington, DC.

—Joder —susurró Don—. ¿Qué le ocurrió a Ringo?

—Tíos —dijo Wesley, bostezando—, tengo que irme a la cama, aquí me va a dar algo.

—Mira uno más —dijo Robbie—, 4.121.989. Es mi cumpleaños. Tiene que dar suerte. Pero no la dio. Cuando seleccionó el Ur y añadió una fecha —20 de enero de 1973— no muy aleatoria, lo que salió en lugar de **DISFRUTE DE SU SELECCIÓN** fue esto: **NO HAY FECHAS EN ESTE UR DESPUÉS DEL 19 DE NOVIEMBRE DE 1962.**

—Oh, Dios mío —dijo Wesley, y se puso la mano en la boca—. Oh, buen Dios.

—¿Qué? —preguntó Robbie—. ¿Qué pasa?

—Creo que lo sé —dijo Don. Intentó coger el Kindle rosa.

Wesley, que suponía que se había puesto pálido (pero probablemente no tan pálido como se sentía por dentro), puso una mano sobre la de Don.

—No —dijo—. No creo que pueda soportarlo.

—¿Soportar *qué*? —casi gritó Robbie.

—¿No fue Hugh Tollman el que cubrió la Crisis de los Misiles Cubanos? —preguntó Don—. ¿O no has llegado tan lejos aún?

—¿*Qué* crisis de los misiles? ¿Tuvo algo que ver con Castro?

Don miraba a Wesley.

—Realmente tampoco quiero verlo —dijo—, pero no dormiré esta noche a menos que me asegure, y creo que tú tampoco lo harás.

—Está bien —dijo Wesley, y pensó (no por primera vez, tampoco) que la curiosidad, más que la rabia, era la verdadera perdición del espíritu humano—. Pero tendrás que hacerlo tú. Me tiemblan demasiado las manos.

Don introdujo la fecha del **19 DE NOVIEMBRE DE 1962**. El Kindle les dijo que disfrutaran de su selección, pero no lo hicieron. Ninguno de ellos. Los titulares eran escuetos y gigantescos:

LA MORTANDAD EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK SOBREPASA LOS 6 MILLONES

MANHATTAN DIEZMADA POR LA RADIACIÓN

RUSIA DESTRUIDA

«INCALCULABLES» PÉRDIDAS EN EUROPA Y ASIA

CHINA LANZA 40 MISILES BALÍSTICOS INTERCONTINENTALES

—Apágalo —dijo Robbie en voz baja y temerosa—. Es como dice esa canción: No quiero ver nada más.

Don dijo:

—Miradlo por el lado positivo. Parece que hemos esquivado la bala en la mayoría de los Urs, incluido este —pero su voz no era muy segura.

—Robbie tiene razón —dijo Wesley. Había descubierto que el último número del *New York Times* en el Ur 4.121.989 sólo tenía tres páginas. Y todos los artículos implicaban muerte—. Apágalo. Desearía no haber visto la maldita cosa en primer lugar.

—Demasiado tarde —dijo Robbie. Y qué razón tenía.



Bajaron las escaleras juntos y se quedaron en la acera frente al edificio de Wesley. Main Street estaba casi desierta. El viento se lamentaba alrededor de los edificios y hacía ruido con las hojas de noviembre en las aceras. Un trío de estudiantes borrachos se tambaleaba de vuelta hacia la zona de las fraternidades, cantando lo que podría haber sido «Paradise City».

—No puedo decirte qué hacer, es tu aparato, pero si fuera mío, me desharía de él —dijo Don—. Te convertirá en su esclavo.

Wesley pensó en decirle que él ya pensaba eso, pero no lo hizo.

—Hablaremos de eso mañana.

—Nop —dijo Don—. Llevo a la mujer y a los niños a Frankfort para un estupendo fin de semana de tres días en casa de la familia de ella. Suzy Montanari hará mis clases. Y después del pequeño seminario de esta noche, estoy encantado de irme. ¿Robbie? ¿Te llevo a algún sitio?

—Gracias, pero no hay necesidad. Comparto un apartamento con un par de tipos dos bloques más arriba en esta calle. Cerca del local de Susan y Nan.

—¿No es un poco ruidoso? —preguntó Wesley. Lo de Susan y Nan era el *café* local, y abría a las seis de la mañana siete días a la semana.

—La mayor parte de los días duermo con todo el follón. —Robbie esbozó una sonrisa—. Además, en lo que se refiere al alquiler, el precio es correcto.

—Buen trato. Buenas noches, chicos. —Don se encaminó a su Tercel, y luego se dio la vuelta—. Pretendo dar un beso de buenas noches antes de

acostarme. Puede que me ayude a dormir. La última historia… —Meneó la cabeza—. Podría haber pasado sin eso. No te ofendas, Robbie, pero métete tu cumpleaños en el culo.

Miraron sus luces traseras cada vez más lejos y Robbie dijo dubitativamente:

—Nadie me había dicho hasta ahora que me metiera mi cumpleaños ahí.

—Estoy seguro de que no quería que te lo tomaras de forma personal. Y probablemente tiene razón sobre el Kindle, ¿sabes? Es fascinante —demasiado fascinante— pero inútil en cualquier sentido práctico.

Robbie lo miró, con los ojos muy abiertos.

—¿Estás llamando «inútil» al acceso a miles de novelas inéditas de los grandes? Jesús, ¿qué tipo de profesor de inglés eres tú?

Wesley no tenía réplica. Especialmente porque sabía que, más tarde o más temprano, probablemente leería más de *Los perros de Cortland* antes de acostarse.

—Además —dijo Robbie—. Podría no ser completamente inútil. Podrías copiar alguno de esos libros y enviarlo a un editor, ¿has pensado siquiera en eso? Sabes, enviarlo con tu nombre. Convertirte en el próximo grande. Te llamarían el heredero de Vonnegut o Roth o quien fuera.

Era una idea atractiva, especialmente cuando Wesley pensó en los garabatos inútiles en su maletín. Pero meneó la cabeza.

—Probablemente violaría las Leyes Paradox… sean cuales sean. Y lo más importante, me corroería como un ácido. Desde dentro —vaciló, sin querer sonar remilgado, pero queriendo articular lo que sentía como la razón real para no hacer tal cosa—. Me sentiría avergonzado.

El chico sonrió.

—Eres un buen tipo, Wesley —iban hablando y andando en dirección al apartamento de Robbie ahora, con las hojas revoloteando alrededor de sus pies, y un cuarto de luna volando entre las nubes movidas por el viento de arriba.

—¿Eso crees?

—Sí. Y también la entrenadora Silverman.

Wesley se detuvo, sorprendido.

—¿Qué sabes de mí y la entrenadora Silverman?

—¿Personalmente? Nada. Pero debes conocer a Jossie, del equipo. ¿Jossie Quinn, de clase?

—Por supuesto que conozco a Jossie —la que había sonado como una antropóloga amable cuando habían hablado del Kindle. Y sí, se *había* enterado de que era una Suricata. Desafortunadamente una de las suplentes que normalmente no entraban en el partido a no ser que este fuera un completo desastre.

—Jossie dice que la entrenadora ha estado realmente triste desde que rompisteis. Cascarrabias, también. Las hace correr todo el rato, y echó a una chica del equipo.

—Eso fue antes de que rompiéramos —*En cierto modo ese fue el motivo de que rompiéramos*— pensó. Eh… ¿todo el equipo sabe lo nuestro?

Robbie Henderson lo miró como si estuviese loco.

—Si Jossie lo sabe, todas lo saben.

—¿Cómo? —porque Ellen no se lo habría dicho; instruir al equipo en tu vida amorosa no era una cosa de entrenadora.

—¿Cómo saben cualquier cosa las mujeres? —preguntó Robbie—. Simplemente lo saben.

—¿Sois pareja tú y Jossie Quinn, Robbie?

—Vamos por el buen camino. Buenas noches, Wes. Voy a dormir hasta tarde mañana, no hay clases el viernes, pero si vas a lo de Susan y Nan para comer, ven y llama a mi puerta.

—Podría hacerlo —dijo Wesley—. Buenas noches, Robbie. Gracias por ser uno de los Tres Idiotas.

—Diría que el placer ha sido todo mío, pero tengo que pensar en ello.



En lugar de leer a Ur-Hemingway cuando volvió, Wesley metió el Kindle en su maletín. Luego cogió el bloc de notas casi en blanco y pasó la mano por su bonita portada. Para tus ideas de libros, había dicho Ellen, y había sido un regalo caro. Qué mal que fuese a desperdiciarse.

Todavía podía escribir un libro, pensó. Sólo porque no he estado en ninguno

de los otros Urs no quiere decir que no podría estar aquí.

Era verdad. Podría ser el Sarah Palin de las letras norteamericanas. Porque a veces las apuestas arriesgadas llegan.

Tanto para bien como para mal.

Se desvistió, se lavó los dientes, luego llamó al Departamento de Inglés para cancelar su clase de la mañana.

—Gracias, Marilyn. Siento cargarte con esto, pero creo que estoy cogiendo una gripe —soltó una tos poco convincente y colgó.

Pensó que se quedaría despierto y sin sueño durante horas, pensando en todos esos otros mundos, pero en la oscuridad parecían tan irreales como actores cuando los ves en una pantalla. Eran grandes allí —a menudo bellos, también— pero seguían siendo sombras arrojadas por la luz. Puede que los mundos-Ur también fueran eso.

Lo que parecía real en esta hora después de medianoche era el sonido del viento, el bello sonido del viento contando historias de Tennessee, donde había estado antes esta noche. Arrullado por él, Wesley cayó dormido, y se durmió profundamente y por mucho tiempo. No hubo sueños, y cuando se despertó, la luz del sol llenaba su habitación. Por primera vez desde sus años de antes de graduarse, durmió hasta casi las once de la mañana.

V

Ur Local (En construcción)

TOMÓ UNA LARGA ducha caliente, se afeitó, se vistió, y decidió ir a lo de Susan y Nan para un desayuno tardío o un almuerzo, lo que tuviese mejor pinta en el menú. En cuanto a Robbie, Wesley decidió que dejaría dormir al chico. Estaría fuera entrenando con el resto del desventurado equipo de fútbol esta tarde; seguro que se merecía dormir hasta tarde. Se le ocurrió que, si se ponía en una mesa al lado de la ventana, podría ver el autobús del Departamento de Atletismo salir con las chicas hacia el torneo Bluegrass, a ciento veintiocho kilómetros. Les despediría con la mano. Ellen no le vería, pero lo haría de todos modos.

Cogió su maletín sin siquiera pensarlo.



Pidió el Revuelto Sexy de Susan (cebollas, pimiento, queso mozzarella) con bacon encima, y café y zumo. Cuando la joven camarera trajo su comida, ya había sacado el Kindle y estaba leyendo *Los Perros de Cortland*. Era Hemingway, vale, y una historia magnífica.

—Kindle, ¿no? —preguntó la camarera—. Me regalaron uno en navidades, y me encanta. Estoy leyendo todos los libros de Jodi Picoult.

—Oh, probablemente no todos —dijo Wesley.

—¿Eh? ¿Por qué no?

—Probablemente ya tiene otro —es todo lo que quería decir.

—¡Y James Patterson probablemente ha escrito uno desde que se levantó esta mañana! —dijo, y se fue riéndose.

Wesley había pulsado el botón de **MENÚ PRINCIPAL** mientras hablaban, escondiendo la novela Ur-Hemingway sin pensarlo en serio. ¿Se sentía culpable por lo que estaba leyendo? ¿Con miedo de que la camarera mirase y gritase: «Eso no es un verdadero Hemingway»? Ridículo. Pero el solo hecho de poseer el Kindle rosa le hacía sentir un poco como un sinvergüenza. No era suyo, después de todo, y el material que había descargado no era realmente suyo, tampoco, porque no era él el que estaba pagando por ello.

«Puede que nadie lo esté haciendo», pensó, pero no lo creía. Pensaba que una de las verdades universales de la vida era que, antes o después, siempre pagaba alguien.

No había nada particularmente sexy en su revuelto, pero estaba bueno. En lugar de volver a Cortland y su perro de invierno, accedió al menú UR. La única función que no había inspeccionado era **UR LOCAL**. La que estaba **EN CONSTRUCCIÓN**. ¿Qué había dicho Robbie sobre eso la noche anterior? *Mejor tener cuidado, las multas de tráfico son del doble.* El chico era avispado y podría llegar a ser incluso más avispado, si no se golpeaba sus sesos jugando al fútbol sin sentido de tercera división. Sonriendo, Wesley seleccionó UR LOCAL y pulsó el botón de seleccionar. Salió este mensaje:

¿ACCEDER AL UR LOCAL ACTUAL? S N

Wesley seleccionó S. El Kindle pensó algo más, y luego mostró un nuevo mensaje:

EL UR LOCAL ACTUAL ES EL *ECHO* DE MOORE

¿ACCEDER? S N

Wesley consideró la pregunta mientras se comía una loncha de bacon. El *Echo* era un periodicucho especializado en pequeños mercadillos, deportes locales, y política local. Los ciudadanos miraban esas cosas, suponía, pero en su mayor parte compraban el periódico por los obituarios y la sección policial. A todos les gustaba saber qué vecinos habían muerto o habían sido encerrados en la cárcel. Buscar en 10,4 millones de Moore, Kentucky sonaba bastante aburrido, pero ¿por qué no? ¿No estaba básicamente pasando el rato, alargando su desayuno, para poder ver pasar el autobús de las jugadoras?

—Triste pero cierto —dijo, y seleccionó el botón de S. Lo que salió fue un mensaje similar a otro que había visto antes. «Ur Local protegido por todas las Leyes Paradox aplicables. ¿Está de acuerdo? S N.»

Eso sí que era extraño. El archivo del *New York Times* no estaba protegido por estas Leyes Paradox, fueran las que fueran, pero ¿su modesto periódico local? No tenía sentido, pero parecía inofensivo. Wesley se encogió de hombros y pulsó S.

¡BIENVENIDO AL PRE-ARCHIVO DEL *ECHO*!

EL PRECIO ES DE $40 POR 4 DESCARGAS

$350 POR 10 DESCARGAS

$2.500 POR 100 DESCARGAS

Wesley dejó el tenedor en el plato y se quedó sentado mirando la pantalla con el ceño fruncido. El periódico local no sólo estaba protegido por la Ley Paradox, sino que era endemoniadamente más caro. ¿Por qué? ¿Y por qué demonios era un pre-archivo? Para Wesley, eso sonaba como una paradoja en sí misma. O un oxímoron.

—Bueno, está en construcción —dijo—. Tráfico pone multas del doble y por eso descargar es más caro. Ésa es la explicación. Además, no estoy pagando por

ello.

No, pero a causa de que persistía la idea de que algún día podría ser obligado a hacerlo (algún día, ¡y *pronto*!), eligió la opción intermedia. La siguiente pantalla era parecida a la del archivo del *Times*, pero no era la misma; sólo le pidió que seleccionara una fecha. A él esto no le sugería nada que no fuera un archivo de un periódico normal, del tipo que podría encontrar en microfilm en la biblioteca local. Y si así fuera, ¿por qué tan caro?

Se encogió de hombros, escribió el 5 de Julio de 2008, y pulsó seleccionar. El Kindle respondió inmediatamente, mostrando este mensaje:

SÓLO FECHAS FUTURAS

HOY ES 20 DE NOVIEMBRE DE 2009

Durante un instante no lo entendió. Entonces lo hizo, y el mundo se convirtió en súper brillante, como si algún ser sobrenatural hubiera accionado el reóstato que controlaba la luz del día. Y todos los ruidos en la cafetería —el choque de tenedores, el sonido de los platos, el murmullo constante de conversación— parecieron demasiado altos.

—Dios mío —susurró—. No me extraña que sea caro.

Esto era demasiado. *Excesivamente* demasiado. Hizo un movimiento para apagar el Kindle, y luego escuchó vítores y chillidos fuera. Levantó la vista y vio un autobús amarillo que ponía en el lateral **DEPARTAMENTO DE ATLETISMO DE LA ESCUELA MOORE**. Las animadoras y jugadoras se inclinaban a través de las ventanas abiertas, saludando y riéndose y gritando cosas como: «¡Vamos, Suricatas!» y «¡Somos las número uno!». Una de las jóvenes llevaba realmente un gran dedo de Número Uno en la mano. Los viandantes de Main Street sonreían y devolvían los saludos.

Wesley levantó la mano también y saludó sin energía. El conductor del autobús le dio a su claxon. Ondeando en la parte trasera del autobús había un pedazo de sábana con **LAS SURICATAS LA VAN A ARMAR EN EL ESTADIO RUPP** pintado con spray. Wesley se percató de que la gente en la cafetería estaba aplaudiendo. Todo esto parecía estar ocurriendo en otro mundo. Otro Ur.

Cuando hubo pasado el autobús, Wesley bajó la vista al Kindle rosa otra vez. Decidió que quería utilizar al menos una de sus diez descargas, después de todo. Los ciudadanos no tenían mucho interés por el cuerpo estudiantil en conjunto —los asuntos usuales de la ciudad *versus* las togas y los birretes— pero les encantaban las Suricatas porque a todo el mundo le encanta un ganador. Los resultados del torneo, de pretemporada o no, estarían en las páginas frontales del *Echo* del lunes. Si ganaban, le compraría a Ellen un regalo de la victoria, y si perdían, podría comprarle un premio de consolación.

—Yo soy un ganador de todos modos —dijo, e introdujo la fecha del lunes: 23 de noviembre de 2009.

El Kindle pensó durante bastante tiempo, y luego sacó una portada de periódico. La fecha era la fecha del lunes.

El titular era grande y negro.

Wesley derramó el café y apartó el Kindle fuera de peligro incluso mientras el café tibio empapaba su entrepierna.



Quince minutos después estaba paseándose por el salón del apartamento de Robbie Henderson mientras Robbie —que estaba despierto cuando Wesley llegó a golpear la puerta pero todavía llevaba la camiseta y pantalones cortos de baloncesto con los que había dormido— miraba la pantalla del Kindle fijamente.

—Tenemos que llamar a alguien —dijo Wesley. Estaba aplastando un puño sobre la palma de la otra mano, y lo bastante fuerte como para dejarle la piel roja —. Tenemos que llamar a la policía. ¡No, espera! ¡Al estadio! ¡Llama al Rupp y deja un mensaje para que me llamen, lo antes posible! ¡No, eso está mal! ¡Demasiado lento! Yo la llamaré ahora. Eso es lo que…

—Relájese, Sr. Smith… Wes, quiero decir.

—¿Cómo me voy a relajar? ¿No has *visto* esa cosa? ¿Estás *ciego*?

—No, pero aún así tienes que relajarte. Perdona la expresión, pero estás fuera de tus casillas, y la gente no puede pensar productivamente cuando hace

eso.

—Pero…

—Respira hondo. Y recuérdate a ti mismo que según esto, tenemos casi sesenta horas.

—Fácil decirlo. *Tu* novia no va a estar en ese autobús cuando empiece a… —entones se interrumpió, porque eso no era verdad. Jossie Quinn estaba en el equipo, y según Robbie, él y Jossie tenían algo.

—Lo siento —dijo—. He visto el titular y me ha entrado el pánico. Ni siquiera he pagado mi desayuno, sólo he venido corriendo. Sé que parece que he mojado los pantalones, y maldita sea, he estado cerca. No con café, sin embargo. Gracias a Dios que tus compañeros no están.

—También estoy asustado —admitió Robbie, y durante un momento estudió la pantalla en silencio. Según el Kindle de Wesley, la edición del lunes del *Echo* iba a tener un borde negro en la primera página además de un titular en negro arriba. El titular decía:

ENTRENADORA Y 7 ESTUDIANTES MUEREN EN HORRIBLE ACCIDENTE DE AUTOBÚS

OTRAS 9 PERSONAS EN ESTADO CRÍTICO

La noticia en sí no era una noticia en absoluto, sólo un artículo. Incluso en su nerviosismo, Wesley sabía por qué. El accidente había ocurrido —no, *iba* a ocurrir— casi a las nueve de la noche el domingo por la noche. Demasiado tarde para reportar ningún detalle, aunque probablemente si encendían el ordenador de Robbie y entraban en Internet… ¿En qué estaba pensando? Internet no predecía el futuro; sólo el Kindle rosa hacía eso.

Sus manos le temblaban de forma tan violenta como para introducir 24 de noviembre. Le acercó el Kindle a Robbie.

—Hazlo tú.

Robbie consiguió hacerlo, aunque le costó dos intentos. La historia del *Echo* del martes era más completa, pero el titular era incluso peor:

SE ELEVA A DIEZ LA CIFRA DE MUERTOS

LA CIUDAD Y LA ESCUELA LAS LLORA

—¿Está Jossie…? —comenzó Wesley.

—Sí —dijo Robbie—. Sobrevive al accidente, muere el lunes. Cristo.

Según Antonia «Toni» Burrell, una de las animadoras de las Suricatas, y una de las afortunadas en sobrevivir al horrible accidente de autobús del domingo por la noche con solo cortes y magulladuras, la celebración todavía estaba en marcha, el trofeo Bluegrass todavía estaba pasando de mano en mano. «Estábamos cantando «We are the champions» por vigésima vez o así», dijo desde el hospital en Bowling Green, donde llevaron a la mayoría de supervivientes. «La entrenadora se giró y nos gritó que bajáramos la voz, y ahí fue cuando ocurrió».

Según el capitán de la policía del estado Moses Arden, el autobús iba por la Ruta 139, la carretera de Princetown, y estaba a aproximadamente tres kilómetros al oeste de Cádiz cuando un SUV conducido por Candy Rymer de Montgomery colisionó con él. «La Sra. Rymer viajaba a gran velocidad hacia el oeste por la Autopista 80», dijo el capitán Arden, «y colisionó con el autobús en la intersección».

El conductor del autobús, Herbert Allison, de 58 años, y residente en Moore, aparentemente vio el vehículo de la Sra. Rymer en el último momento e intentó dar un giro brusco. Este giro, junto al impacto, llevó al autobús a la cuneta, donde volcó y explotó…

Había más, pero ninguno de los dos quería leerlo.

—Vale —dijo Robbie—. Pensemos en esto. Primero, ¿podemos estar seguros de que es cierto?

—Puede que no —dijo Wesley—. Pero Robbie… ¿podemos permitirnos probar suerte?

—No —dijo Robbie—. No, supongo que no podemos. *Por supuesto* que no podemos. Pero Wes, si llamamos a la policía, no nos creerán. Lo sabes.

—¡Les enseñaremos el Kindle! ¡Les enseñaremos la noticia! —pero incluso para él mismo, Wesley sonaba desinflado—. Vale, y qué hay de esto. Se lo contaré a Ellen. Incluso si no me cree, estará de acuerdo en hacer esperar el autobús quince minutos o así, o cambiar la ruta que este tipo está planeando tomar.

Robbie lo consideró.

—Sí. Merece un intento.

Wesley sacó el teléfono del maletín. Robbie había vuelto a la noticia, utilizando el botón de **PÁGINA SIGUIENTE** para acceder al resto.

El teléfono sonó dos veces… tres… cuatro.

Wesley estaba preparándose para dejar un mensaje en el buzón de voz cuando contestó Ellen.

—Wesley, no puedo hablar contigo. Pensaba que habías entendido eso…

—Ellen, escucha…

—… pero si has recibido mi mensaje, sabes que *vamos* a hablar. —De fondo se podían escuchar chicas chillando, nerviosas (Jossie estaría entre ellas) y mucha música alta.

—Sí, recibí el mensaje, pero tengo que hablar…

—¡No! —dijo Ellen—. *No* tenemos que hacerlo. No voy a coger tus llamadas este fin de semana, y no voy a escuchar tus mensajes —su voz se suavizó—. Y cariño, cada uno que dejes lo va a hacer más difícil. Para nosotros, quiero decir.

—Ellen, no entien…

—Adiós, Wes. Hablaré contigo la semana que viene. ¿Quieres desearnos suerte?

—¡Ellen, *por favor*!

—Tomaré eso como un sí —dijo—. ¿Y sabes qué? Supongo que todavía me importas, aunque seas un bichejo.

Y entonces, colgó.

Puso su dedo sobre el botón de rediscado… y luego se obligó a sí mismo a no pulsarlo. No iba a ayudar. Ellen llevaba puesto su sombrero de a-mi-manera-o-puerta. Era una locura, pero ahí estaba.

—No hablará conmigo excepto en sus plazos. De lo que no se da cuenta es de que tras el domingo por noche ella *no* tendrá plazos. Tienes que llamar a la Srta. Quinn —en su estado actual, se le escapaba el nombre de la chica.

—Jossie pensaría que estoy gastándole una broma —dijo Robbie—. Una historia como ésa, *cualquier* chica pensaría que le estoy gastando una broma.

Todavía estudiaba la pantalla del Kindle.

—¿Quieres saber algo? La mujer que causó el accidente —que lo *causará*— casi no se hace nada. Te apuesto la matrícula del próximo semestre a que estaba tan borracha como una maldita cuba.

Wesley casi no escuchó eso.

—Dile a Jossie que Ellen *tiene* que coger mi llamada. Haz que le diga que no es sobre nosotros. Dile que diga que es una emer…

—Tío —dijo Robbie—. Cálmate y escucha. ¿Estás escuchando?

Wesley asintió, pero lo que escuchaba con más claridad era su propio corazón martilleando.

—Punto uno: Jossie *aún* pensaría que me estoy riendo de ella. Punto dos: podría pensar que lo estamos haciendo entre *ambos*. Punto tres: no creo que vaya a la entrenadora Silverman de todos modos, dado el humor del que ha estado la entrenadora últimamente… y se pone peor todavía en los viajes de partido, dice Jossie —Robbie suspiró—. Tienes que entender a Jossie. Es dulce, es inteligente, es sexy, y demonios, también es un ratoncito tímido. Es más o menos lo que me gusta de ella.

—Eso probablemente dice muchas cosas buenas sobre tu personalidad, Robbie, pero me perdonarás si ahora mismo no me importa un carajo. Me has dicho que no funcionará; ¿tienes idea de qué podría hacerlo?

—Ése es el punto cuatro. Con un poco de suerte, no tendremos que contárselo a nadie. Lo que es algo bueno, dado que no nos creerían.

—Explícate.

—Primero, necesitamos utilizar otra de tus descargas del *Echo* —Robbie fue al 25 de noviembre de 2009. Otra chica, una animadora que se había quemado de forma horrible en la explosión, había muerto, elevando la cifra de muertos a once. Aunque el *Echo* no lo dejaba claro, era probable que muchos muriesen antes de que terminase la semana. Robbie sólo le echó un rápido vistazo a esta noticia. Lo que estaba buscando era una noticia en la mitad inferior de la página uno:

CANDACE RYMER ACUSADA DE MÚLTIPLES CARGOS POR HOMICIDIO

AUTOMOVILÍSTICO

Había un cuadro gris en medio de la noticia, su foto, asumió Wesley, sólo que el Kindle rosa no parecía capaz de mostrar fotos de noticias. Pero no importaba, porque ahora lo entendía. No era el autobús lo que tenía que detener, era la mujer que iba a colisionar con el autobús.

Ella era el punto cuatro.

VI

Candy Rymer

A LAS CINCO EN PUNTO de una tarde gris de domingo —mientras las Suricatas estaban machacando redes de baloncesto en una parte no demasiado lejana del estado— Wesley Smith y Robbie Henderson estaban sentados en el modesto Chevrolet Malibu de Wesley, mirando la puerta de un bar de carretera en Eddyville, a veinte millas al norte de Cádiz. El aparcamiento estaba sucio y casi vacío. Casi con toda seguridad había una televisión dentro de The Broken Windmill, pero Wesley suponía que los borrachines exigentes preferirían beber y ver NFL en casa. No tienes que entrar en un antro para saber que es un agujero. La primera parada de Candy Rymer había sido mala, pero esta segunda era peor.

Aparcado ligeramente torcido (y bloqueando lo que parecía ser una salida de incendios) estaba un mugriento y dañado Ford Explorer con dos pegatinas en la parte de atrás. **MI HIJO ES UN ESTUDIANTE DE HONOR EN LA CORRECCIONAL DEL ESTADO**, ponía uno. El otro era aún más sucinto: **SÓLO PARO POR JACK DANIELS**.

—Puede que debamos hacerlo aquí —dijo Robbie—. Mientras está dentro pillándola y mirando a los Titans.

Era una idea tentadora, pero Wesley meneó la cabeza.

—Esperaremos. Tiene otra parada que hacer. Hopson, ¿recuerdas?

—Eso está a millas de aquí.

—Sí —dijo Wesley—. Pero tenemos tiempo que matar, y vamos a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque lo que vamos a hacer es cambiar el futuro. O intentarlo, por lo menos. No tenemos ni idea de cuán duro pueda ser. Esperar tanto como nos sea

posible mejorará nuestras posibilidades.

—Wesley, es una chica borracha. Estaba borracha cuando salió de ese primer antro en Central City, y va a estar mucho más borracha cuando salga de esa chabola de ahí. No puedo verla con el coche reparado a tiempo para encontrarse con el autobús de las chicas a cuarenta millas de aquí. Y, ¿qué ocurre si tenemos una avería mientras intentamos seguirle a su última parada?

Wesley no había pensado en esto. Ahora lo hizo.

—Mis instintos dicen que esperemos, pero si tienes una fuerte sensación de que deberíamos hacerlo ahora, lo haremos.

—La única fuerte sensación que tengo es la de estar aterrorizado hasta la muerte —dijo Robbie. Se sentó—. Demasiado tarde para hacer otra cosa, de todos modos. Aquí viene, Miss América.

Candy Rymer salió de The Broken Windmill balanceándose moderadamente. Dejó caer su bolso, se agachó para cogerlo, estuvo a punto de caerse, soltó una maldición, lo recogió, se rió, y luego continuó hacia donde estaba aparcado su Explorer, cogiendo las llaves mientras se acercaba. Su rostro estaba abotargado, sin esconder demasiado bien los restos de lo que una vez había sido alguien muy atractiva. Su pelo, rubio en sus extremos y negro en las raíces, colgaba sobre sus mejillas en rizos lacios. Su barriga colgaba sobre la parte frontal de unos tejanos de cintura elástica justo bajo el dobladillo de lo que tenía que ser un blusón de Kmart.

Entró en su SUV magullado, hizo que el motor cobrara vida (sonaba a que necesitaba desesperadamente una puesta a punto) y condujo hacia la puerta de incendios del bar. Hubo un crujido. Luego sus luces de marcha atrás se encendieron y fue marcha atrás tan rápido que por un horrible momento Wesley pensó que iba a darle a su Malibu, estropeándolo y dejándolos sin coche mientras se iba a su cita en Samarra. Pero se detuvo a tiempo y salió hacia la carretera sin detenerse a ver si había tráfico. Un momento después Wesley estaba detrás mientras ella se dirigía al este, hacia Hopson. Y hacia la intersección donde llegaría el autobús de las Suricatas en cuatro horas.

A pesar de la cosa horrible que estaba a punto de hacer, Wesley no pudo remediar sentir algo de pena por ella, y se le ocurrió que a Robbie le ocurría lo mismo. La historia de seguimiento que habían leído sobre ella en el *Echo* contaba una historia tan familiar como sórdida.

Candace «Candy» Rymer, de cuarenta y un años, divorciada. Tres hijos, ahora a cargo de su padre. Durante los últimos doce años de su vida había estado entrando y saliendo de instituciones de rehabilitación. Según un conocido (parecía no tener amigos), había probado AA y decidió que no era para ella. Demasiada santurronería. Había estado arrestada por posesión de sustancias media docena de veces. Había perdido su permiso después de cada una de las dos últimas, pero en ambos casos se lo habían devuelto, la segunda vez por una petición especial. Necesitaba su permiso para ir a trabajar en la fábrica de fertilizantes en Bainbridge, le dijo al Juez Wallenby. Lo que no le contó era que había perdido su trabajo seis meses antes… y nadie lo comprobó. Candy Rymer era una bomba de alcohol esperando explotar, y la explosión ahora estaba muy cerca.

La noticia no mencionaba su dirección en Montgomery, pero no tenía que hacerlo. En lo que Wesley consideró en parte periodismo de investigación (especialmente para el *Echo*), el reportero había descrito la última juerga de Candy, desde el The Pot O’Gold en Central City hasta The Broken Windmill en Eddyville hasta el Banty’s Bar en Hopson. Allí el camarero iba a intentar quitarle las llaves. Sin éxito. Candy iba a hacerle un corte de manga e irse, gritando «¡Ya he terminado con este antro!» sobre su hombro. Eso fue a las siete. El reportero teorizaba que Candy tuvo que parar en alguna parte a echar una siesta, posiblemente en la Ruta 124, antes de ir por la Ruta 80. Un poco más abajo por la 80, iba a hacer un parada final. Una ardiente.

Una vez Robbie puso el pensamiento en su cabeza, Wesley seguía esperando que su siempre fiable Chevrolet muriera y se deslizara hasta detenerse a un lado de la carretera de dos carriles, una víctima de una mala batería o de las Leyes Paradox. Las luces traseras de Candy Rymer desaparecerían de la vista y ellos podrían pasar las horas siguientes haciendo frenéticas pero inútiles llamadas (siempre asumiendo que sus teléfonos funcionaran por allí) y maldiciéndose a sí mismos por no dejar inutilizado su vehículo en Eddyville, mientras todavía tenían una oportunidad.

Pero el Malibu iba a velocidad constante sin esfuerzo, como siempre, sin un solo borboteo o problema técnico. Siguió cerca de medio kilómetro detrás del Explorer de Candy.

—Mira, está en medio de la carretera —dijo Robbie—. Puede que meta en la cuneta la maldita cosa antes de llegar al próximo bar. Que nos ahorre el esfuerzo de acuchillar sus neumáticos.

—Según el *Echo,* eso no ocurre.

—Sí, pero sabemos que el futuro no está tallado en piedra, ¿no? Puede que esto sea otro Ur, o algo.

Wesley no creía que funcionara de ese modo con **UR LOCAL**, pero mantuvo la boca cerrada. De cualquier modo, ahora era demasiado tarde.

Candy Rymer iba a llegar a Banty’s sin irse a la cuneta o colisionar con nadie, aunque podría haberlo hecho; Dios sabía que había tenido bastantes oportunidades. Cuando uno de los coches que maniobraron para apartarse de su camino pasó por el Malibu de Wesley, Robbie dijo:

— Es una familia. Mamá, Papá, tres niños pequeños jugando atrás.

Ahí fue cuando Wesley dejó de sentir pena por Rymer y empezó a sentir rabia hacia ella. Era una emoción limpia y caliente que hizo que su despecho por Ellen pareciera mísero en comparación.

—Esa perra —dijo. Sus nudillos estaban blancos sobre el volante—. Esa *perra* borracha a la que nada le importa una mierda. La mataré si es la única manera de detenerla.

—Ayudaré —dijo Robbie, y luego cerró la boca con tanta fuerza que sus labios casi desaparecieron.

No tuvieron que matarla, y las Leyes Paradox no los detuvieron más de lo que las leyes contra conducir borracho habían detenido a Candy Rymer en su tour por los agujeros para abrevar más rastreros del sur de Kentucky.

El aparcamiento el Banty's Bar estaba pavimentado, pero el cemento deteriorado parecía como los restos de una incursión con bombas israelíes en Gaza. Arriba, un gallo de neón silbante se encendía y apagaba. Enganchado en una de sus garras estaba un jarra de luz de luna con una XXX impresa en un lateral.

El Explorer de la mujer Rymer estaba aparcado casi debajo de este pájaro fabuloso, y a su brillo parpadeante naranja-rojo, Wesley rajó las ruedas delanteras del SUV con el cuchillo de carnicero que habían traído para ese propósito. Mientras el *fuuuuu* del aire escapándose le llegaba, fue golpeado por una oleada de alivio tan grande que al principio no pudo levantarse sino que sólo se quedó sobre sus rodillas como un hombre rezando.

—Es mi turno —dijo Robbie, y un momento después el Explorer se estabilizó más mientras el chico pinchaba las ruedas traseras. Luego vino otro silbido. Hizo un agujero más por si acaso. Para entonces Wesley se había puesto de pie.

—Aparquemos a la vuelta de la esquina —dijo Robbie—. Creo que sería mejor tenerla vigilada.

—Voy a hacer mucho más que eso —dijo Wesley.

—Tranquilo, gran tipo. ¿Qué tienes pensado?

—No tengo nada pensado. Estoy más allá de eso. —Pero la rabia que agitaba su cuerpo sugería algo diferente.

Según el *Echo*, ella había llamado al Banty «¡un antro!» al irse, pero aparentemente eso había sido depurado para el consumo familiar. Lo que realmente dijo sobre su hombro fue: «¡He terminado con este agujero de mierda!». Sólo que en este punto estaba tan borracha que la vulgaridad le salió algo así como *agujelo de mieelda*.

Robbie, fascinado por ver la historia de las noticias interpretada ante sus ojos justo hasta el dedo levantado (al que el *Echo* se había referido de forma remilgada como un «gesto obsceno»), no hizo esfuerzos para agarrar a Wesley mientras daba zancadas hacia ella. Gritó: *¡Espera!*, pero Wesley no lo hizo. Agarró a la mujer y empezó a zarandearla.

La boca de Candy Rymer se abrió; las llaves que había sujetado en la mano no ocupada en hacer cortes de manga cayeron a la pista de asfalto desconchada.

—¡Deja que me vaya, *basstardo*!

Wesley no lo hizo. La abofeteó lo bastante fuerte como para partirle el labio inferior, y luego le dio en el otro lado.

—¡Recupera la sobriedad! —gritó a la cara aterrorizada de ella—. ¡Recupera la sobriedad, zorra inútil! ¡Búscate una vida y deja de joder las vidas de otros! ¡Vas a matar gente! ¿Entiendes eso? ¡Vas a MATAR gente, joder!

La abofeteó una tercera vez, el sonido fue tan alto como un tiro. Retrocedió estupefacto contra el lateral del edificio, llorando y poniendo las manos para proteger su cara. La sangre se deslizaba por su mandíbula. Sus sombras, convertidas en puentes alargados por el pájaro de neón, parpadeaban una y otra vez.

Él levantó la mano para darle una bofetada por cuarta vez —mejor abofetear que estrangular, que era realmente lo que quería hacer— pero Robbie le agarró desde atrás y le apartó a la fuerza.

—¡Para! ¡Es suficiente!

El camarero y un par de clientes con aspecto de tontos estaban ahora de pie en la puerta de entrada, papando moscas. Candy Rymer se había deslizado hacia una posición sentada. Estaba llorando con histerismo, con las manos apretadas contra su cara hinchada.

—¿Por qué me odia todo el mundo? —lloriqueó—. ¿Por qué todo el mundo es tan jodidamente malo?

Wesley la miró aturdido, ya sin rabia. Lo que la reemplazó era alguna clase de impotencia. Dirías que una conductora borracha que causaba las muertes de al menos once personas tenía que ser mala, pero no había maldad aquí. Sólo una alcohólica llorica sentada en el cemento agrietado y con césped de un aparcamiento de un bar de carretera rural. Una mujer que, si la luz parpadeante del gallo parpadeante no mentía, había mojado los pantalones.

—Puedes atrapar a la persona pero no puedes atrapar al mal —dijo Wesley —. El mal siempre sobrevive. ¿No es eso una putada, una completa putada?

—Sí, estoy seguro, pero vámonos. Antes de que puedan echarte *en verdad* un buen vistazo.

Robbie le estaba llevando de vuelta al Malibu. Wesley fue tan dócil como un niño. Estaba temblando. «El mal siempre sobrevive, Robbie. En todos los Urs. Recuerda eso».

—Puedes apostar a que sí, claro. Dame las llaves. Conduciré.

—*¡Eh!* —gritó alguien detrás de ellos—. ¿Por qué demonios habéis pegado a esa mujer? ¡No os había hecho nada! ¡Volved aquí!

Robbie empujó a Wesley dentro del coche, rodeó corriendo la capota, se tiró detrás del volante, y condujo rápido. Mantuvo el pedal presionado hasta que el gallo parpadeante despareció, y luego aflojó.

—¿Y ahora qué?

Wesley pasó una mano sobre sus ojos.

—Siento haber hecho eso —dijo—. Pero a la vez no. ¿Entiendes?

—Sí —dijo Robbie—. Figúrate. Fue por la entrenadora Silverman. Y por Jossie también. —Sonrió—. Mi ratoncita.

Wesley asintió.

—Así que, ¿dónde vamos? ¿A casa?

—Aún no —dijo Wesley.

Aparcaron en el borde de un maizal cerca de la intersección de la Ruta 139 y la

Carretera 80, tres kilómetros al oeste de Cádiz. Habían llegado pronto, y Wesley utilizó el tiempo para encender el Kindle rosa. Cuando intentó acceder a **UR LOCAL**, le recibió un mensaje en cierto modo poco sorprendente: **ESTE SERVICIO YA NO ESTÁ DISPONIBLE.**

—Probablemente es mejor —dijo.

Robbie se giró hacia él.

—¿Qué has dicho?

—Nada. No importa.

Devolvió el Kindle al maletín.

—¿Wes?

—¿Qué, Robbie?

—¿Hemos infringido las Leyes Paradox?

—Sin duda —dijo Wes. Y con algo de satisfacción.

A las nueve menos cinco, escucharon un claxon y vieron luces. Salieron del Malibu y se pusieron de pie frente a él, esperando. Wesley observó que los puños de Robbie estaban cerrados, y se alegró de no ser el único que todavía temía que Candy Rymer apareciera de algún modo. Las luces sobrepasaron la colina más cercana. Era el autobús, seguido por una docena de coches llenos de simpatizantes de las Suricatas, todos dándole al claxon con delirio y dando luces.

Cuando el bus pasó, Wesley escuchó voces de jóvenes cantando «We are the champions» y sintió un escalofrío recorrer su espalda y erizar el pelo de su cuello. Levantó la mano y saludó. A su lado, Robbie hizo lo mismo. Luego se giró hacia Wesley, sonriendo.

—¿Qué dices, profe? ¿Quieres unirte al desfile?

Wesley le palmeó el hombro.

—Suena como una idea terriblemente buena.

Cuando hubo pasado el último de los coches, Robbie se puso en la cola. Como los otros, dio al claxon y dio luces todo el camino hasta Mooren.

A Wesley no le importó.

VII

La Policía Paradox

CUANDO ROBBIE salió frente al local de Susan y Nan (donde habían escrito con jabón en la cristalera LAS SURICATAS MANDAN), Wesley dijo:

—Espera un segundo.

Rodeó la parte delantera del coche y abrazó al chico.

—Lo hiciste bien.

—Gramáticamente incorrecto, pero lo aprecio —Robbie se secó los ojos, luego sonrió—. ¿Significa eso que tengo un sobresaliente de regalo para el semestre?

—Nop, sólo un consejo. Deja el fútbol. Nunca lo convertirás en una manera de ganarte la vida, y tu cabeza merece algo mejor.

—Mensaje recibido —dijo Robbie… aún cuando no estaba de acuerdo con ello, como ambos sabían—. ¿Te veo en clase?

—El martes —dijo Wesley. Pero quince minutos después tuvo razones para preguntarse si *alguien* volvería a verlo, alguna vez más.

a

Había un coche en el hueco donde normalmente dejaba el Malibu cuando no lo dejaba en el Aparcamiento A de la escuela. Wesley podría haber aparcado detrás, pero eligió el otro lado de la calle. Algo en el coche le hizo sentir incómodo. Era un Cadillac, y en el brillo de la luz artificial bajo la que estaba aparcado, parecía

demasiado brillante. La pintura roja casi parecía gritar: «¡Aquí estoy! ¿Te gusto?»

A Wesley no le gustaba. Ni tampoco las ventanillas tintadas o los tapacubos enormes con sus emblemas de Cadillac dorados. Parecía el coche de un traficante. Si, así lo sería si el traficante en cuestión también fuese un maniaco homicida.

Pero ¿por qué estoy pensando esto?

—El estrés del día, eso es todo —dijo mientras cruzaba la calle desierta con su maletín golpeándole la pierna. Se inclinó. No había nadie dentro del coche. Al menos *pensaba* que no.

Es la Policía Paradox. Vienen a por mí.

Esta idea podría parecer, en el mejor caso, ridícula, una fantasía paranoide en el peor, pero no sonaba a ninguna de las dos. Y al tener en cuenta todo lo que había ocurrido, puede que no fuera paranoica en absoluto.

Wesley alargó una mano, tocó la puerta del coche, luego la apartó. La puerta parecía metal, pero estaba caliente. Y parecía estar *pulsando*. Como si, metal o no, el coche estuviese vivo.

Corre.

El pensamiento fue tan poderoso que sintió sus labios articularlo, pero sabía que correr no era una opción. Si lo intentara, el hombre o los hombres a los que pertenecía el repugnante coche rojo lo encontrarían. Este hecho era tan simple que desafiaba a la lógica. *Sobrepasaba* a la lógica. Así que en lugar de huir, utilizó su llave para abrir la puerta de la calle y subió las escaleras. Lo hizo despacio, porque su corazón estaba acelerado y sus piernas seguían amenazando con fallarle. La puerta de su apartamento estaba abierta, la luz se derramaba sobre las escaleras en un largo rectángulo.

—Ah, aquí estás —dijo una voz no demasiado humana—. Entra, Wesley de Kentucky.

Había dos de ellos. Uno era joven y el otro era viejo. El viejo estaba sentado en

su sofá, donde Wesley y Ellen Silverman se habían seducido uno al otro hasta llegar al disfrute mutuo (no, al éxtasis). El joven estaba sentado en el sillón favorito de Wesley, en el que siempre terminaba cuando se quedaba hasta tarde, con las sobras de la rica tarta de queso, el libro interesante, y la luz de la lámpara de pie puesta de forma adecuada. Ambos llevaban abrigos largos de color mostaza, del tipo que se llaman guardapolvos, y Wesley entendió, sin saber cómo, que los abrigos estaban vivos. También comprendió que los hombres que los llevaban no eran hombres en absoluto. Sus caras iban *cambiando*, y lo que había tras la piel era reptiliano. O pajarero. O ambas cosas.

En sus solapas, donde los hombres de ley de una película del Oeste hubieran llevado la placa, ambos llevaban botones con un ojo rojo. Wesley pensó que estos también estaban vivos. Esos ojos lo miraban.

—¿Cómo habéis sabido que era yo?

—Te hemos olido —dijo el más viejo de los dos, y lo terrible era esto: no sonaba a broma.

—¿Qué queréis?

—Sabes por qué estamos aquí —dijo el joven. El mayor de los dos no volvió a hablar hasta el final de la visita. Escuchar a uno de ellos era lo bastante malo. Era como escuchar a un hombre cuya laringe había sido rellenada de grillos.

—Supongo —dijo Wesley. Su voz era calmada, al menos hasta ahora—. He quebrantado las Leyes Paradox —rezó por que no supieran nada de Robbie, y pensaba que no lo sabían; el Kindle había estado registrado a nombre de Wesley Smith, después de todo.

—No tienes idea de lo que has hecho —dijo el hombre del abrigo amarillo con una voz meditativa—. La Torre se tambalea; los mundos se estremecen en sus trayectorias. La rosa siente un escalofrío, de invierno.

—Muy poético, pero no muy iluminador. ¿Qué torre? ¿Qué rosa? —Wesley pudo sentir sudor por su frente incluso aunque le gustaba mantener el apartamento frío. «Es por ellos», pensó. «Estos chicos dan calor.»

—No importa —dijo su visitante más joven—. Explícate, Wesley de Kentucky. Y hazlo bien, si quieres ver salir el sol de nuevo.

Durante un momento Wesley no pudo hacerlo. Su mente estaba llena de un pensamiento simple: «estoy en un juicio». Luego lo barrió a un lado. La vuelta de su rabia —una pálida imitación de la que había sentido hacia Candy Rymer,

pero rabia real, igualmente— le ayudó en eso.

—Había personas que iban a morir. Casi una docena. Puede que más. Puede no significar mucho para tipos como vosotros, pero para mí sí, especialmente dado que una de ellas resulta que es una mujer de la que estoy enamorado. Y todo por culpa de una borracha autoindulgente que no sabe tratar sus problemas. Y… —y estuvo casi a punto de decir *«Y nosotros»*, pero hizo la corrección necesaria justo a tiempo—. Y ni siquiera le hice daño. La abofeteé un poco, pero no pude contenerme.

—Vosotros, chicos, *nunca* sois capaces de conteneros —dijo la voz zumbante de la cosa que estaba en su sofá favorito (que nunca sería su sofá favorito de nuevo)—. Un control de los impulsos deficiente es el noventa por ciento de vuestros problemas. ¿Se te ha cruzado por la cabeza, Wesley de Kentucky, que las Leyes Paradox existen por algún motivo?

—No…

La cosa elevó la voz.

—Por supuesto que *no*. Sabemos que *no*. Estamos aquí porque que *no* ha sido así. No se te ha pasado por la cabeza que una de las personas en ese autobús podría convertirse en un asesino en serie, alguien que podría asesinar a docenas, incluyendo a un niño que crecería y llegaría a curar la enfermedad de Alzheimer. No se te ha ocurrido que una de esas jóvenes podría dar a luz al próximo Hitler o Stalin, un monstruo humano que podría matar a millones de humanos en este nivel de la Torre. ¡No se te ocurrió que estabas interviniendo en eventos que están fuera de tu entendimiento!

No, no había tenido en cuenta esas cosas en absoluto. Ellen fue lo único que tuvo en cuenta. Al igual que Jossie Quinn era lo que había tenido en cuenta Robbie. Y juntos habían tenido en cuenta al resto. Chicas gritando, con sus pieles convirtiéndose en sebo y separándose de sus huesos, puede que sufriendo las peores muertes del mundo.

—¿Ocurre eso? —susurró.

—No *sabemos* lo que ocurre —dijo la cosa con el abrigo amarillo—. Ése es precisamente el concepto. El programa experimental al que accediste a lo tonto puede ver claramente seis meses en el futuro… dentro de una sola área geográfica, eso es. Más allá de seis meses, la vista predictiva se vuelve más débil. Más allá de un año, todo es oscuridad. Así que mira, no *sabemos* lo que tú

y tu joven amigo podéis haber hecho. Y dado que no lo sabemos, no hay oportunidad de reparar el daño, si hubiera daño.

Tu joven amigo. Conocían a Robbie Henderson después de todo. El corazón de Wesley dio un vuelco.

—¿Hay algún tipo de poder controlando esto? Lo hay, ¿no? Cuando accedí a **LIBROS UR** por primera vez, vi una torre.

—Todas las cosas sirven a la Torre —dijo el hombre-cosa con guardapolvos amarillo, y tocó el espantoso botón de su abrigo con una especie de reverencia.

—Entonces, ¿cómo sabéis que no le estoy sirviendo, también?

No dijeron nada. Sólo le miraron con sus negros ojos predadores como de pájaro.

—No lo pedí, sabéis. Quiero decir… pedí un Kindle, eso sí es verdad, pero nunca pedí el que recibí. Tan solo llegó.

Hugo un largo silencio, y Wesley entendió que su vida dependía de ello. La vida como la conocía, por lo menos. Podía continuar algún tipo de existencia si estas dos criaturas se lo llevaban en su odioso coche rojo, pero sería una existencia oscura, probablemente una existencia en un encierro, y supuso que no mantendría la cordura por mucho tiempo.

—Creemos que hubo un error en el envío —dijo el joven al final.

—Pero no lo sabéis con seguridad, ¿no? Porque no sabéis de dónde vino. O quién lo envió.

Más silencio. Entonces el más mayor de los dos dijo:

—Todas las cosas sirven a la Torre —se puso de pie, y alargó la mano. Resplandeció y se convirtió en una garra. Resplandeció de nuevo y se convirtió en una mano—. Dámelo, Wesley de Kentucky.

A Wesley de Kentucky no tuvieron que pedírselo dos veces, aunque sus manos estaban temblando tanto que tuvo que lidiar con las hebillas de su maletín durante lo que le parecieron horas. Al final se abrió, y alargó el Kindle rosa al mayor de los dos. La criatura lo miró fijamente con un hambre enloquecida que dio ganas de gritar a Wesley.

—No creo que funcione, de cual…

La criatura se lo arrebató. Durante un segundo Wesley sintió su piel y supo que la carne de la criatura tenía sus propios pensamientos. Pensamientos aullantes que iban a través de sus circuitos increíbles. Esta vez *gritó*… o lo

intentó. Lo que al final le salió fue un gruñido bajo y ahogado.

—Esta vez te lo dejaremos pasar —dijo el joven—. Pero si algo así ocurre de nuevo… —No terminó. No tenía que hacerlo.

Fueron hacia la puerta con los dobladillos de sus abrigos haciendo sonidos gorgoteantes y asquerosos. El mayor salió, todavía sujetando el Kindle rosa en sus manos-garras. El otro se detuvo un momento para mirar a Wesley.

—¿Sabes lo afortunado que eres?

—Sí —susurró Wesley.

—Entonces di gracias.

—Gracias.

Se fueron sin decir nada más.



No pudo sentarse en el sofá, o en la butaca que había parecido —en los tiempos antes de Ellen— ser su mejor amiga en el mundo. Se tiró en la cama y cruzó los brazos sobre el pecho en un esfuerzo para detener los temblores que le atravesaban. Dejó la luz encendida porque no tenía sentido apagarlas. Estaba seguro que no dormiría de nuevo durante semanas. Quizás nunca. Empezaría a adormilarse, y entonces vería esos ojos negros ávidos y escucharía esa voz diciendo: *«¿Sabes lo afortunado que eres?»*

No, el sueño estaba definitivamente descartado.

Y con eso, cesó la conciencia.

VIII

Ellen

WESLEY DURMIÓ HASTA que el tintineo de la melodía del *Canon* en Re Mayor de Pachelbel le despertó a las nueve de la mañana siguiente. Si hubo sueños (de Kindles rosas, mujeres en aparcamientos de bares de carretera, u hampones con chaquetas amarillas), no los recordaba. Todo lo que sabía era que alguien estaba llamando a su móvil, y podría ser alguien con quien tenía muchas ganas de hablar.

Fue corriendo al salón, pero el tono se detuvo antes de que pudiera sacar el teléfono de su maletín. Lo abrió y vio **TIENES 1 MENSAJE NUEVO**. Accedió a él.

—Hey, amigo —dijo la voz de Don Allman—. Será mejor que veas el periódico de la mañana.

Eso era todo.



Ya no estaba suscrito al *Echo*, pero la vieja Sra. Ridpath, su vecina de abajo, lo estaba. Bajó las escaleras de dos en dos, y ahí estaba, metido en el buzón. Alargó la mano hacia él, y luego dudó. ¿Qué ocurría si su sueño profundo no había sido natural? ¿Qué ocurría si había sido anestesiado de alguna manera, o si lo habían lanzado a un Ur diferente, uno donde el accidente había ocurrido después de todo? ¿Qué ocurría si Don había llamado para prepararle? ¿Qué ocurriría si desdoblaba el periódico y veía el borde negro que era la versión del mundo de la

prensa de un crespón negro?

—Por favor —susurró, sin estar seguro de si era a Dios o a esa misteriosa Torre Oscura a lo que estaba rezando—. Por favor, que sea mi Ur.

Cogió el periódico con una mano entumecida y lo desdobló. El borde estaba allí, envolviendo toda la página frontal, pero era más bien azul y no negro.

Azul *suricata*.

La foto era la más grande que había visto nunca en el *Echo*; ocupaba la mitad de la página frontal, con un titular que decía: **¡LAS SURICATAS TOMAN BLUEGRASS, Y EL FUTURO ESPERA!** El equipo había arrasado en el parqué del Estadio Rupp. Había tres personas sosteniendo un trofeo brillante y plateado. Otra —era Jossie — estaba a un lado, poniéndose una red en la cabeza.

De pie frente a su equipo, vestida con sus pantalones y jersey azul que llevaba siempre en los días de partido, estaba Ellen Silverman. Sonreía y sostenía un cartel escrito a mano que decía: **TE QUIERO, WESLEY**.

Wesley levantó las manos, una de ellas todavía sostenía el periódico, y dejó escapar un grito que hizo que un par de niños al otro lado de la calle mirasen a su alrededor.

—¿Qué pasa? —dijo uno de ellos.

—¡Me encantan los deportes! —contestó Wesley, y luego subió corriendo las escaleras.

Tenía una llamada que hacer.

FIN.



STEPHEN KING. El maestro indiscutible de la narrativa de terror contemporánea, con más de treinta libros publicados. En 2003 fue galardonado con la Medalla de la National Book Foundation, por su contribución a las letras estadounidenses, y en 2007 recibió el Grand Master Award, que otorga la asociación Mystery Writers of America. Entre sus títulos más célebres cabe destacar El misterio de Salem’s Lot, El resplandor, Carrie, Christine, La zona muerta, Ojos de fuego, It, Maleficio, La milla verde, Cell, Duma Key y las novelas que componen el ciclo La Torre Oscura. Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista.